



BOLSILIBROS
EASA

F.B.I.
selecciones
policiacas



**Reporter
de sucesos**

**Eddie
Thorny**



SELECCIONES
F.B.I.



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© EDDIE THORNY

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Poligono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-02812-2

Depósito legal: M. 41.952 - 1980

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

SELECCIONES



F.B.I.

Reporter de sucesos

**Eddie
Thorny**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

NO me gustó Corea. Lo presumía antes de llegar, y una vez en Panmunjón vi plenamente confirmados mis temores. Las ciudades y pueblos de la famosa península asiática me produjeron la más desoladora impresión. Y las gentes, tanto las que nacieron al Norte como las que lo hicieron al Sur del paralelo 38, totalmente indignadas de que por ellas se vertiera una sola gota de sangre americana.

Ya sé que muchos no compartirán mi manera de pensar y aducirán razones de peso en apoyo de sus puntos de vista. Pero yo también tengo las mías, personales e intransferibles. Me tocó luchar en Guadalcanal durante la segunda guerra mundial, y un maldito «jap» me dejó el cuerpo como una regadera, merced a una ráfaga de fusil ametrallador. Curé de las heridas, desde luego; sin embargo, ni he podido olvidar lo que sufrí entonces ni menos aún que fue un mico de piel amarilla quien estuvo a punto de darme anticipado pasaporte para el otro barrio.

La culpa de todo la tuvo, naturalmente, Reuben Croise. Era redactor-jefe del «Dispatch», y fue quien sopló mi nombre al oído del «Managing-Editor» cuando Barnson tuvo la mala ocurrencia de ponerse enfermo dos días antes de que comenzase el intercambio de prisioneros.

—Se le ofrece una oportunidad única, Walsh —se atrevió a decirme con la más meliflua de sus sonrisas—. Si sabe aprovecharla, puede llevarse el Pulitzer de este año.

Cualquiera que le oyese creería que sentía por mí un afecto paternal. La verdad era que me tenía sentado en la boca del estómago, en justa correspondencia a que yo no le podía tragar. Y si logró que mister Chandle me mandase a Corea no fue para que conquistase nuevos laureles, sino con la remota esperanza de que al avión que me llevaba sufriese una avería y yo desapareciera para siempre entre las procelosas aguas del mayor de los océanos.

Por fortuna para mí, aunque me tocó marearme tanto a la ida como a la vuelta, no se cumplieron sus secretos deseos y pude retornar a San Francisco. Con unas libras menos de peso, quizá; aburrido y cansado, pero regresé. Y si los reportajes que mandé desde Panmunjón no me daban

opción alguna a ganar el Premio Pulitzer, por lo menos no decepcionaron a los lectores ni disgustaron a míster Chandle, que era, sin duda, lo que mi buen amigo Croise había dado por descontado.

En el «Dispatch», como antes en el «Tribune» y en el «Herald», no soy ni he querido ser otra cosa que repórter de sucesos. «Especialista en crímenes» me llaman en broma algunos compañeros de Redacción, y yo lo soy completamente en serio.

Creo que fue esta afición mía a husmear por cuenta propia lo que influyó de manera decisiva en que Reuben Croise me mandase a Corea. En los días mismos en que Barnson tuvo la mala ocurrencia de coger una pulmonía andaba yo dándole vueltas al asunto Cripps. Joseph T. Cripps era un muchacho alegre, divertido y adinerado que tuvo la desgracia de volcar con su automóvil en las proximidades de Oakland. En el accidente se fracturó una pierna, y le estuvo bien empleado, porque nadie debe ponerse al volante estando borracho, y el joven Cripps debía estarlo como una cuba. No hubiese importado gran cosa si sólo hubiera sido esto, porque tanto el coche —que resultó destrozado—, como la pierna eran suyos; pero a su lado, en el «baquet», iba una chica preciosa, modesta empleada en uno de los negocios de su padre, y la pobre muchacha falleció en el acto.

Por conducir embriagado y ocasionar una muerte ya merecía el joven Cripps, pese a los millones y a la influencia de sus progenitores, pasarse unos años meditando en St. Quintín o Alcatraz. Pero yo hice algunas averiguaciones, tuve claros indicios de que ciertas drogas habían influido en la borrachera del conductor tanto o más que el *whisky*, insinué algo en una nota informativa, y... ¡a las cuarenta y ocho horas volaba sobre el Pacífico con rumbo a Panmunjón!

Cuando regresé, el asunto tenía tanta tierra encima que ni veinte grúas hubieran sido capaces de removerlo. Cripps podía seguir emborrachándose en completa libertad, a los familiares de la muerta les habían tapado la boca con un puñado de billetes y a la puerta del «Dispatch» vi un nuevo y soberbio «Lincoln» perteneciente a Croise. Pude, pues, devolverle la felicitación calurosa y efusiva con que saludó, mi entrada en la Redacción.

—Felicitarme a mí, ¿por qué? —inquirió, arrugando el ceño, mientras una sombra de recelo cruzaba por su mirada.

Tuve intenciones de decirle la verdad. Me arrepentí a tiempo. Reuben negaría que el coche fuese regalo de la familia Cripps y yo no podría probarle que mentía.

—Por su visión periodística —repuse con aire de completa ingenuidad—. Sólo un genio como usted se daría cuenta de que nadie mejor que un repórter de sucesos para informar al público del canje de prisioneros de Panmunjón.

Se hinchó como un pavo real, aunque aquello de genio le hubiese sonado a pitorreo a cualquiera que tuviera dos dedos de sentido común.

—Si —añadió, sin ocultar su profunda satisfacción—, me precio de conocer a quienes trabajan conmigo, y sé lo que vale cada uno. Muchos criticaron que le mandase a Corea en el puesto de Barnson; al final, tuvieron que convencerse de que tenía razón. En el periodismo los éxitos...

Estuvo hablando durante quince o veinte minutos, tratando de demostrar que era en efecto un verdadero genio, atribuyéndose con absoluto desparpajo todos los triunfos del «Dispatch».

—Puede tomarse un pequeño descanso —me dijo míster Chandle—. Debe estar cansado de estas semanas de intensa actividad, y unos días de ocio tomando el aire y el sol...

Acepté, naturalmente. Y no porque tuviese el menor deseo de que el sol y el aire curtieran mi piel, sino porque creo que nada hay más saludable que la holganza y sólo un tonto se mata a trabajar cuando puede cobrar sin dar golpe.

—«Okay», Chandle. Se lo agradezco, porque tendré tiempo de atender una serie de encargos que me hicieron los muchachos de allá...

Era verdad en parte. Ciertó que ni aquella noche ni al día siguiente me preocupé poco ni mucho de los encargos recibidos; pero cierto también que me habían hecho muchos y que pensaba cumplir algunos.

Eludí, como es lógico, cuántos me fue humanamente posible, pero no tuve más remedio que aceptar cuatro. Eran de muchachos cuyo retorno a los Estados Unidos habría de sufrir una considerable demora dadas las condiciones en que se hallaban al ser liberados. Su salud había salido tan quebrantada de las angustias y privaciones del cautiverio que necesitarían pasar una temporada en algún hospital del Japón.

Liquidé tres de aquellos encargos sin la menor dificultad a las cuarenta y ocho horas de mi retorno a Frisco. Dejé para el final el más interesante de todos y el que lógicamente debiera exigir un mayor esfuerzo por mi parte, aunque ni remotamente pudiera sospechar por anticipado la serie de aventuras y peligros en que el dichoso encarguito de Thomas Dent me iba a meter de hoz y cozo.

Thomas Dent era un muchacho con el que simpaticé desde el primer instante que le vi. Acaso fuera más exacto decir que antes de verle, porque cuando los norcoreanos le condujeron hasta la Aldea de la Libertad —y fue en el último convoy de prisioneros—, ya nos habían hablado de él muchos de sus compañeros de cautividad, y ninguno tuvo para Dent más que frases de gratitud, admiración y elogio.

Parecía que el joven Tom, rebosante de vitalidad, alegría, optimismo y entereza, había mantenido firme en diversos momentos la moral de sus camaradas. Insensible al desaliento, Dent fue para todos una lección constante de firmeza y resolución. La forma en que ayudó a sus compañeros y la energía con que rechazó los intentos de sus guardianes por obligarle a firmar una declaración condenando los procedimientos

bélicos americanos, tuvieron como consecuencia un largo encierro solitario y un régimen alimenticio de tal naturaleza que cuando le libertaron no le quedaban más que los huesos y la piel.

Acabó contándome su problema. Había sostenido relaciones estrechas con una muchachita hasta el día mismo en que recibió orden de embarcar precipitadamente con rumbo a Corea. En Fusan, la víspera de marchar al frente, recibió una carta de la chica con noticias inquietantes.

—Grace iba a ser madre y esperaba que yo cumpliese con mi deber casándome con ella.

—Y tú te negaste, ¿no?

No; Tom no se había negado, ni muchísimo menos. La carta de la chica le sorprendió bastante y contestó expresando con claridad su extrañeza. No obstante, se mostraba dispuesto a arreglar el problema en cuanto le concedieran un permiso y pudiese retornar a San Francisco. Pero siete días después marchaba a Pyong Yang, y a las tres semanas, en una retirada americana, Dent caía en poder de los norcoreanos.

—Han pasado dos años y no sé qué habrá sido de Grace ni del chico. Durante mi cautiverio he pensado mucho y estoy seguro de quererla con todas mis ansias. Ahora sueño en casarme con ella, sí es capaz de olvidar y perdonar todo lo que por culpa mía ha debido sufrir en estos meses interminables.

Había mandado tres cablegramas distintos contando a la muchacha los motivos de su prolongado silencio, preguntando por el chico —que ya debería tener dieciséis o diecisiete meses—, e indicando su firme propósito de casarme tan pronto como saliese del hospital en que convalecía de las angustias del cautiverio.

—Pero hace diez días ya que mandé el primero y no he tenido contestación alguna —añadió, con desaliento.

—Quizá no la hayan encontrado —insinué—. Habrá cambiado de domicilio y...

—No —repuso Tom, moviendo con gesto apesadumbrado la cabeza—. De no haber dado con ella hubiesen devuelto los despachos. Al no hacerlo...

Suponía que, justamente dolida por la extrañeza y las dudas exteriorizadas en la carta que tuvo la torpeza de mandarle desde Fusan antes de caer prisionero, Grace no quería nada con él. Era posible incluso que se hubiera casado con otro.

Desearía saber qué ha sido de mi hijo, aunque no tenga ningún derecho legal a llamarle mío. También hablar con Grace para...

El encarguito nada tenía de agradable, pero no encontré forma humana de poderme negar a las súplicas repetidas e insistentes de Thomas Dent, un chico que si en su vida civil y en relación con aquella muchacha no se había portado demasiado bien, en el Ejército, y especialmente durante su

cautividad, supo elevarse a las alturas de la heroicidad.

A las sesenta horas de mi regreso a Frisco cogí mi cochecito, marché hasta San Mateo y pregunté en el 2017 de Sunnyvale Drive por la muchacha que me interesaba.

—Es raro —comentó una mujer gorda, encargada de la pensión, a la que formulé la pregunta—. Durante veinte meses nadie se ha preocupado por Grace, y ahora todo el mundo se interesa por ella.

Lo de «todo el mundo» resultó ser una exageración. En realidad, antes que yo habían preguntado tres veces por *miss* Desmond, y las tres, otros tantos empleados de la Transoceanic, deseosos de entregarle los cablegramas remitidos por Thomas Dent.

—No vive aquí, desde luego. Cuando salió del sanatorio se marchó a Silver Street. Supongo que seguirá allí. Yo no he vuelto a verla.

Hice algunas preguntas y la mujer contestó de evidente mala gana. Parecía no tener muy buena opinión de Grace Desmond.

—Vino un día, a los seis meses, para darme su nueva dirección, por si alguien preguntaba. Pero nadie se preocupó lo más mínimo de ella hasta hace un mes, que se presentó un chico con un cable. Por cierto, cuando volvió por allí estaba cambiada. Vestía con lujo, de una manera llamativa, y parecía sobrarle el dinero. Pagó hasta el último centavo de lo que debía.

—¿Le preguntó usted por el chico?

La mujer negó en redondo. No era oportuno tocar temas desagradables. Grace podía indignarse y no pagarle. Lo único que hizo fue felicitarla por el cambio experimentado y coger los cincuenta dólares que le entregó, junto con sus nuevas señas.

—Vaya a Silver Street. Ella podrá decirle todo lo que le interesa.

Fui a Silver Street y tropecé con una mujer mejor trajeada, pero bastante parecida a la que me había recibido en San Mateo. Las noticias que me dio fueron también semejantes. Grace Desmond había vivido allí durante nueve o diez meses, pero hacía otros tantos que cambió una vez más de domicilio. En Silver Street la muchacha había llevado una vida mucho más libre y alegre que en su anterior residencia.

—Decía que trabajaba en unas oficinas, pero la verdad...

—¿No cree que trabajase en ningún sitio?

—Mire, amiguito. Tengo muchos años para creer en cuentos de hadas y no sé de ninguna oficina donde se trabaje hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Grace volvía siempre a esas horas y casi nunca sola. Si suma usted dos y dos...

Habían reñido porque la dueña de la pensión no quería que la muchacha recibiera visitas en sus habitaciones; aquélla era una casa decente y el mal ejemplo de *miss* Desmond podía hacer pensar otra cosa a las gentes.

—¿Vivía sola *miss* Desmond?

—¿Aquí? ¡Naturalmente! ¿O cree que iba a admitir en mi casa a cualquiera de sus amigos? Todos los que viven aquí son matrimonios de verdad, y yo no consiento que nadie...

La dejé rasgándose sus vestiduras con un puritanismo que saltaba a la vista que era puramente verbal.

Pero todas estas cosas podría aclararlas de una manera definitiva tan pronto como hablase con la muchacha.

El 45 de Merchants Street era un edificio relativamente moderno, de cinco plantas, cada una de las cuales se dividía en diez apartamentos diferentes. Grace habitaba en el número 6 de la planta tercera.

El apartamento número 6 se abría al fondo del pasillo de la derecha, contiguo a las puertas sobre las que aparecían los números 4, 8 y 10. Llamé. Suavemente al principio, con mayor violencia después. Nadie contestó a mis llamadas. Un poco sorprendido, insistí. No contento con oprimir el timbre, golpeé con ambos puños la puerta.

—No se moleste, amigo —dijo una voz a mi espalda—. No hay nadie.

Me volví. La puerta del número 8 se había abierto, y en el umbral aparecía un tipo pequeño, gordo, calvo y cincuentón, de expresión burlona, ojillos vivarachos y nariz colorada y prominente.

—¿Qué no hay nadie? —inquirí, un tanto desconcertado, porque apenas eran las cuatro de la tarde—. ¿Está seguro?

—Completamente seguro —respondió a reglón seguido, mirándome con curiosidad, preguntó a su vez—: ¿Es usted uno... de sus amigos?

No me quise molestar en contestarle. Inquirí a mi vez:

—¿Sabe si tardará mucho en volver?

—¿Miss Desmond? —Y la pregunta del individuo reflejaba un asombro sin límites—. Sí; supongo que tardará mucho —añadió, con una risita burlona—. ¿Es qué no sabe nada de lo sucedido?

—¿A miss Desmond? —pregunté; luego, viendo que hacía un gesto de asentimiento, añadí—: ¿Le ha pasado algo desagradable?

—Lo peor que podía pasarle: murió anteanoche. Ayer tuvimos todo el día por aquí a la «Poli», volviéndonos locos con sus preguntas, pero...

—¡La Policía! —murmuré, asaltado por un repentino pensamiento—. ¿Acaso fue asesinada?

—¡Diablos, no! —contestó, rápido, mi interlocutor—. La «bofia» parecía sospecharlo al principio, porque no encontró la cartita de costumbre. Pero al final...

—¿Qué?

—Tuvieron que convencerse todos: miss Desmond estaba cansada de vivir y se tomó tantas tabletas para dormir que dudo mucho que despertase ni siquiera en la eternidad.

Sin necesitar que le hiciera nuevas preguntas, aquel tipo me dio toda clase de detalles. Grace, que, según mi interlocutor, daba muestras de

honda preocupación los días precedentes, se retiró a dormir dos noches antes cerca ya de la madrugada, como tenía por costumbre. A las doce de la mañana siguiente acudió a visitarla una de sus amigas; como no contestase a sus timbrazos avisó a la portera; ésta abrió el apartamento de *miss* Desmond, y las dos mujeres se la encontraron tumbada, completamente vestida, encima de la cama.

—Al principio creyeron que estaba simplemente dormida; luego comprobaron que había muerto. El forense certificó muerte por ingestión de una dosis masiva de un fuerte soporífero. No parece que pueda haber la menor duda acerca del suicidio.

Di las gracias a mi informador —cuyo nombre era Dashiell Ruric o algo por el estilo—, y, cabizbajo y pensativo, bajé las escaleras. No había conocido a Grace y no tenía argumentos ni razones para negar en redondo la posibilidad de que hubiese puesto fin a su vida en un momento de enfermiza depresión.

—A menos —dije, pensativo, mientras bajaba—, que Grace no llegase a recibir los cablegramas de Tom.

—¡Los recibió, vaya si los recibió! —me dijo la portera, cuyo mutismo inicial se transformó en auténtica verborrea tan pronto como le hube entregado un billete de cinco dólares—. Se los di yo misma, y recuerdo perfectamente el efecto que le hicieron. Se puso muy contenta y murmuró, alborozada:

—¡Vivo! ¡Tom está vivo! ¡Gracias, Dios mío! Ahora, mi hijo...

Mistress Coast, que así se llamaba la portera, aseguraba que era la primera vez que oía a Grace hablar de su hijo, cuya existencia ni siquiera había sospechado hasta entonces.

—¿No podría yo visitar el pisito de Grace?

La portera vaciló un buen rato. La Policía había dado por terminadas sus investigaciones, devolviendo la llave del apartamento, aparte de que *mistress* Coast tenía otra: el pisito habría de permanecer cerrado, a menos que se presentase algún familiar de *miss* Desmond dispuesto a recoger cuanto le perteneciera.

Mistress Coast, que ya subía conmigo en el ascensor para dejarme ver el pisito, vencida su resistencia, por otro billete de cinco dólares, más que por mis súplicas de supuesto enamorado, me dijo lo que sabía. El soporífero cuyas tabletas ocasionaron su muerte, había sido adquirido en persona por la propia *miss* Desmond quince días antes de su defunción. Al parecer, padecía de insomnios, y siempre se tomaba una tableta para poder conciliar el sueño. Además, y aunque no era raro que alguien la acompañase al volver a su casa, la noche que precedió a la tragedia lo hizo totalmente sola.

—Dash Ruric, que es un solterón antipático y entrometido, amigo de enterarse de todo lo que no le importa, solía espiar por la mirilla para

saber siempre quién acompañaba a Grace y a otra señorita que habita en el número cuatro. Ante la Policía ha jurado que aquella noche no venía nadie con *miss* Desmond.

Dentro del pisito no hallé nada de interés. Era lógico que así fuera, por cuanto de haber algo se lo hubiese llevado la Policía. Los muebles, que pertenecían al dueño de la casa —el apartamento se alquilaba amueblado—, eran vulgares y corrientes.

—Tenía muy buenos amigos —dijo, a modo de explicación, *mistress* Coast, en tono que reflejaba cierta envidiosa admiración—. Claro que ella no era fea ni antipática, pero no podía quejarse de los hombres.

Se le escaparon los nombres de tres o cuatro que yo fingí no escuchar, aunque tomé nota mental de todos ellos, así como de los restaurantes y clubes nocturnos que Grace solía frecuentar.

—¿Dinero? ¡Claro que no le faltaba dinero! En un armario encontró la Policía un centenar de dólares. Además, tenía una cuenta corriente en el Golden Bank. ¿Con cuánto? No lo sé, pero me parece que oí decir que muchos millares...

A medida que hablaba la portera y que yo paseaba la mirada por las habitaciones que fueron de Grace, crecía mi asombro y desconcierto. No acertaba a explicarme lo sucedido. Empezaba a advertir que no existía ninguno de los motivos que pudieran explicar un suicidio, caso de que exista nada en el mundo que pueda justificar semejante cobardía. Ni la muchacha se encontraba enferma, ni falta de dinero, ni amenazada por ningún peligro.

—Yo creo que toda la culpa la tuvo ese sujeto —dijo *mistress* Coast, mostrándome un retrato con marco de plata, colocado sobre la coqueta—. Una vez la oí decir que era el único hombre que había querido, que seguía queriendo y que querría mientras viviese. Si la dejó para casarse con otra y *miss* Desmond lo supo...

Miré el retrato y le reconocí con alguna dificultad, porque aparecía de paisano, sonriente y bastante más joven de como yo le había visto en Seúl. Indudablemente se trataba de Thomas Dent, al que Grace no había dejado de querer con todas sus ansias ilusionadas.

—Si —repliqué, pensativo—. Es probable que tenga la culpa de todo. Aunque todo no sea precisamente un suicidio.

—¿Qué no ha sido un suicidio? —inquirió la portera, mirándome con gesto asombrado—. ¿Qué cree que ha sido, entonces?

—Algo cien veces peor, amiga mía: un asesinato.

CAPITULO 2

SÓLO faltando abiertamente a la verdad podría decir que el teniente de detectives Geoffrey R. Pocket fuese amigo mío; tampoco que sintiera por mí simpatía o predilección de ninguna clase. Resultaba más exacto, quizá, afirmar todo lo contrario. Durante los años que llevaba actuando como repórter de sucesos, y especialmente en los últimos veinte meses, apenas si habíamos hablado una sola vez que no fuera para discutir con acritud y violencia.

Pero por encima de nuestra mutua y recíproca antipatía, ni yo negaba nunca que fuese uno de los hombres más honrados, resueltos y valientes de cuántos velaban en nuestra ciudad por el cumplimiento de la Ley, ni creo que Pocket dejase de reconocer en su fuero íntimo que mis campañas contribuían bastante a que Frisco no hubiera vuelto a ser, como lo fue un siglo atrás, la población con el índice de criminalidad más alto de América entera.

Me sorprendió un poco saber que Geoffrey había intervenido en las investigaciones relacionadas con el pretendido suicidio de Grace. Y aunque daba por descontado que no me recibiría con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos, no dudé en ir en su busca, para hablarle de *miss* Desmond y su trágico fin.

—Y a usted, ¿qué diablos le importa nada de esto?

—gruñó, malhumorado, sin dejarme concluir. —No tiene por qué meter las narices en el asunto, ni a sus lectores puede importarles el suicidio vulgar de una mujer desconocida.

—Las razones que tengo son de tipo particular —repose, contándole en pocas palabras mis entrevistas con Thomas Dent y el encargo recibido de éste—. Y en cuanto al suicidio, acaso fuera mejor hablar de asesinato.

Me miró, como si dudase del equilibrio de mis facultades mentales. Guardó silencio un minuto, y luego preguntó, en tono de marcada ironía:

—¿Y de dónde ha sacado que pueda tratarse de un asesinato?

—¿Y desde cuándo —contesté en el mismo tono—, el famoso teniente Pocket, honra y prez de la Policía local, pierde su tiempo con un suicidio

vulgar de una chica totalmente desconocida?

—¿Quién le ha dicho que yo siga ocupándome del asunto? —inquirió, arrugando el ceño.

—En las noticias me importa su veracidad —afirmé, nada dispuesto a revelar mi fuente de información—, no su origen. Y en este caso...

—Debe pedir que le devuelvan el dinero que le llevaron —me interrumpió, despectivo—, porque me tiene total y absolutamente sin cuidado el asunto.

Pero yo sabía que no era verdad, y Geoffrey no se esforzó demasiado en que le creyese. Discutimos un rato con cierta vehemencia. Al final logré vencer su resistencia inicial.

—Voy a decirle la verdad, Walsh —me dijo, del peor humor imaginable—, a ver si hay manera de que me deje en paz. Al principio pensé que la chica podía haber sido asesinada, y por eso intervine en el caso. Ahora...

—¿Tiene la seguridad de que se suicidó?

—Sí —afirmó, exponiendo a renglón seguido algo de lo que yo sabía; esto es, que Grace había vuelto sola a su casa, que fue ella personalmente quien adquirió el soporífero que determinó su muerte, que la puerta del apartamento estaba cerrada con llave y que nadie podía tener interés en matarla.

Ninguno de aquellos argumentos me parecía definitivo, ni muchísimo menos. Ni siquiera concedió importancia alguna a mi sugerencia de que *miss Desmond* tenía precisamente más motivos que nunca para amar la vida y no desear la muerte.

—¿Lo dice por ese novio de Corea? —preguntó con un aire de insufrible superioridad, tratándome con la desdeñosa condescendencia de quien está en posesión de la verdad—. Acaso, y contra lo que supone, sea la causa primordial, por no decir única, del suicidio de la chica.

Ante mi gesto de asombro, repitió algo que ya había oído a la portera de la casa de Merchants Street, si bien Pocket enfocó el asunto desde distinto ángulo, demostrando estar perfectamente enterado de algunas cosas. Había leído los cablegramas remitidos por Tom, y no era posible la menor duda en este sentido.

—Grace le quería también; se dejó arrastrar por la vida fácil y alegre, cuando le creyó muerto; luego, al saber que vivía, que seguía pensando en ella y deseaba hacerla su mujer, sintió asco y vergüenza de sí misma, se reconoció indigna de aquel gran amor, y prefirió morir a tener que confesar a la persona adorada que se había hundido en el fango.

Reconozco que la explicación de Pocket resultaba interesante, emotiva y romántica, muy en la línea de «La Dama de las Camelias».

Preferí, pues, no atacar de lleno sus presunciones y hacerlo por otro lado.

—¿Qué ha sido del chico?

—¿De qué chico? —inquirió el teniente, en cuyo rostro se leía cierto asombro, aunque no me atrevería a jurar que estuviera tan sorprendido y desconcertado como aparentaba.

Respondí con la verdad. En la carta recibida por Dent poco antes de caer prisionero, Grace decía a su novio que no tardaría en ser madre y debían casarse sin tardanza. La dueña de la pensión de Sunnyvale Drive me había confirmado que *miss* Desmond abandonó su casa para ingresar en el sanatorio del doctor Shaw. Ni en Silver ni en Merchants Street parecía que nadie hubiese visto a la muchacha con un hijo suyo, ni sospecharan siquiera que pudiese tenerlo.

—¿No podría ser que la suerte o destino de ese chico haya tenido influencia decisiva en el triste final de la joven?

—El chico no existe más que en su imaginación —replicó, desdeñoso, el teniente—. Si es cierto que *miss* Desmond escribió diciéndoselo a su novio, le engañó, sin duda para obligarle a casarse.

—¿Negaré también que estuvo en la maternidad del doctor Shaw? —pregunté, irritado.

—Si procurara enterarse antes de afirmar nada, sabría que el sanatorio del doctor Shaw no es una maternidad. ¿Qué algunas señoras dan a luz en él? Indudable; pero también que la mayoría de sus pacientes son de otro tipo muy distinto.

—Pero Grace Desmond...

—Fue operada de apendicitis —replicó, tajante, Pocket—, lo que basta para echar por tierra todas sus fantasías.

Parecía, en efecto, que no había más que hablar. El teniente tenía bien ganada la fama de meticoloso e implacable.

Si afirmaba que la muerte de Grace se debía a suicidio, habría de admitirlo, por mucho que la idea me repugnase en principio. Si decía que su ingreso en el sanatorio del doctor Shaw tuvo por objeto una sencilla operación de apéndice, no quedaba otro remedio que creerle. Pero había algo extraño y desconcertante para mí; alguna pieza que no encajaba en el razonamiento de Pocket. ¿Cómo pensar que pudo suicidarse por amor a una mujer con tan pocos escrúpulos como *miss* Desmond, que no sólo llevaba una vida alegre y desordenada, sino que era capaz de angustiar al hombre que afirmaba querer con la más imperdonable de las mentiras?

—Las mujeres son extrañas y complicadas —afirmó el teniente, encogiéndose de hombros—. Hace tiempo que renuncié a entenderlas. De ellas sólo me interesan los hechos. Y en este caso concreto no existe duda posible acerca del suicidio. Lo demás, todo lo demás, me tiene totalmente sin cuidado.

—¿De veras? —salté, rápido, sospechando que Pocket, sincero y concreto respecto a la muerte de Grace, ocultaba algo importante relacionado con ella—. Entonces, ¿por qué ha investigado tan a fondo su

vida? ¿Por qué se preocupaba de las actividades de la chica mucho antes de que su trágico final atrajera sobre ella la atención policíaca?

Lancé la pregunta un poco al azar, sin nada concreto en qué apoyarla; lo hice únicamente porque me costaba trabajo creer que Pocket se hubiese tomado tanto interés por una muchacha vulgar, cuyo suicidio no parecía revestir importancia alguna. El gesto del teniente demostró que había dado en el blanco. Arrugó el ceño, me contempló un instante en silencio con aire desconcertado y, sin lograr ocultar su recelo, inquirió, en tono desabrido:

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un pajarito —repliqué, satisfecho de haber acertado—. ¿Qué andaba buscando al vigilar a la chica?

—Lo que anduviese buscando es cosa mía y no suya —contestó, de mal humor—, así que no meta las narices en esto, Walsh. No es nada que le importa, y podría costarle un grave disgusto.

Agradecí la advertencia con una sonrisa irónica. No la necesitaba en realidad, porque estaba seguro de que para Pocket sería una profunda satisfacción poderme dar un buen disgusto, aunque sólo fuera como lógica réplica a los varios que yo le había dado.

Sin embargo, no tenía intención ni deseo de hacerle ningún caso. Allí estaba algo, y no iba a quedarme sin saber de qué se trataba. Especialmente cuando, de una manera u otra, podía estar relacionado con la muerte de Grace Desmond.

Mi primera visita fue al sanatorio del doctor Shaw. Era un edificio espléndido, rodeado por un soberbio parque, en la cima de una colina que dominaba la desembocadura del San Joaquín y el cuadro impresionante y deslumbrador de la bahía de San Francisco.

A juzgar por lo poco que sabía de él, míster Shaw no podía ser considerado como un filántropo altruista y generoso. El lujo con que estaba montado el sanatorio tenía que pagarlo alguien, y ese alguien no podía ser otro que los enfermos. ¿De dónde pudo sacar Grace Desmond, empleada modesta, que no pudo abonar siquiera el modesto alquiler de una habitación en Sunnyvale Drive, el dinero preciso para pagar la factura del sanatorio?

La exhibición del carnet periodístico me facilitó el acceso al despacho del director e incluso una breve charla con él. Mentiría si dijese que me resultó simpático. Roger P. Shaw era un individuo alto, muy alto, de rostro anguloso e inexpresivo, pelo grisáceo, palabra mesurada, gesto cortés y mirada que tenía la frialdad del hielo.

—¿Miss Grace Desmond? —inquirió, con aire sorprendido—. Lo siento, pero ya comprenderá que no puedo tener en la memoria el nombre de todos los pacientes. Si hace mucho tiempo que esa señorita pasó por aquí...

—En octubre de mil novecientos cincuenta —concreté—. Vino para dar

a luz, si no estoy confundido. Su novio se encontraba prisionero en Corea, y al recobrar la libertad desea saber algo de su hijo. ¿Por qué no le preguntamos a ella? Por la sencilla razón de que *miss* Desmond falleció hace días y...

¿Fue ilusión mía, o por los ojos fríos de *míster* Shaw cruzó un relámpago de alarma y temor? No sabría decirlo de una manera exacta. En cualquier caso, el doctor se repuso con rapidez; cuando me contestó, lo hizo en tono de absoluta indiferencia.

—Me extraña que *miss* Desmond fuese admitida aquí en tales condiciones. No es que yo, compréndame —añadió, con una suave sonrisa—, condene su conducta; pero he de velar por el buen nombre del sanatorio, y una muchacha soltera podría ser piedra de escándalo para muchos de nuestros habituales clientes. Por fuerza debe tratarse de algún error.

—¿No tendría manera de comprobarlo, doctor? —insistí.

Shaw hizo un gesto de asentimiento. Pulsó un timbre, y a la joven que se presentó —una mecanógrafa rubia, bonita y sonriente, que había visto minutos antes en el antedespacho—, le ordenó que fuese a Información y le trajese cuántos datos hubiera respecto a la chica que me interesaba.

La secretaria volvió a los cinco minutos con una tarjeta, sacada indudablemente de un fichero, que entregó sin hablar palabra al doctor. Shaw la leyó en completo silencio. Al final, plegando sus labios en una sonrisa, me tendió la tarjeta, diciendo:

—Era yo quien estaba en lo cierto, amigo mío. Lea y se convencerá.

Se trataba de la ficha médica de Grace Desmond. Encontré en ella lo que hacía presagiar el tono empleado por el doctor al entregármela. Según hacía constar, la muchacha ingresó en 17 de octubre, fue operada al día siguiente y abandonó el sanatorio el 3 de noviembre.

—La operamos de apendicitis, como verá. Si ella, o quien fuese, pretendió hacer creer otra cosa a su novio, faltó a la verdad.

Me sobresalté al oírle. Con distintas palabras, repetía conceptos que había escuchado pocas horas antes en labios del teniente Pocket. Pero había un aspecto bastante incomprensible para mí.

—Dígame, por favor, doctor: ¿cuánto le costaría aproximadamente, la operación y los diecisiete días de estancia senatorial?

No sin cierta perceptible vacilación, Shaw decidió responder a mi pregunta.

—No podría bajar mucho de los seiscientos dólares...

—¡Imposible! —exclamé, sin poder contenerme—. *Miss* Desmond no podría pagar ni una décima parte de esa cantidad. Cuando abandonó su pensión de Sunnyvale Drive dejó a deber varias semanas porque no tenía un solo centavo...

—¡Pues la pagó, amigo mío! —replicó, siempre sonriente, el doctor—.

Y no me pregunte cómo se agenció esa cantidad, como comprenderá no investigamos nunca de dónde sacan nuestros clientes el dinero preciso para pagar sus facturas. Nos basta conque las paguen. Lo demás no es cuenta nuestra.

Durante el viaje de regreso al centro de la ciudad, medité un poco sobre el asunto.

Lo poco que sabía de Grace no autorizaba, ni mucho menos, a considerarla como un modelo de virtudes. Aparte de sus relaciones con Thomas Dent, estaba la vida nada edificante que había llevado luego de salir del sanatorio.

«Lo mejor sería escribir al pobre Tom, dorando un poco la píldora, pero diciéndole la verdad».

No parecía que hubiese nada que investigar. Ni Grace había tenido un hijo, como quiso hacer creer a su antiguo novio, ni murió víctima de un crimen.

Los testimonios del teniente Pocket y del doctor Shaw coincidían y se complementaban, aunque acaso no hubiesen hablado el uno con el otro.

Tentado estuve de abandonar el asunto, reintegrarme a la mañana siguiente a mi trabajo en la Redacción del «Dispatch» y no volver a pensar en la desgraciada muchacha ni en sus trapacerías y embustes, que a un final tan lamentable hubieron de conducirla. Si no lo hice, fue, precisamente, por la advertencia, entre amistosa y amenazadora de Pocket.

«Cuando no quiere que meta las narices en el asunto, es porque hay algo de lo que merece la pena enterarse».

Bien; si no como amigo de Tom y en cumplimiento de su encargo, trabajaría en mi calidad de redactor de sucesos.

«A lo mejor, y sin sospecharlo siquiera, entre Dent, por un lado, y el teniente, por otro, me han puesto sobre la pista del mayor éxito de mi vida profesional».

Media hora después charlaba amistosa y cordialmente con *mistress* Coast. Soltarle un poco la lengua, me costó un nuevo billete de cinco dólares; pero no me pesó dárselo. A cambio de aquella propina conseguí el nombre y la dirección de Mildred Leland. Era una íntima amiga de Grace; la misma que, en compañía de la portera, encontró el cadáver de su desgraciada compañera.

—Las dos se veían casi todas las noches en el «Alhambra»; muchas veces, *miss* Leland venía con un coche a buscar a la pobre *miss* Desmond. Por lo visto se conocieron en un sanatorio en que estuvieron hace año y medio o dos años.

—¿En el sanatorio del doctor Shaw, de Palo Alto? —pregunté, sin poder ocultar, mi interés.

Mistress Coast no supo contestarme. Si le habían dicho el nombre del sanatorio, lo había olvidado por completo. Nunca creyó que pudiese tener

la menor importancia.

—Tiene un apartamento cerca de aquí, en Nation Street.

Nation Street es una calle corta y estrecha, en la parte más antigua de la ciudad, no lejos de los muelles donde hace un siglo desembarcaran millares de aventureros en busca del vellocino de oro.

—No; *miss* Leland no está. Salió hace media hora y no volverá hasta muy tarde.

—¿No sabe si podría encontrarla en el «Alhambra»?

—Apueste que sí, amigo. Creo que trabaja allí como bailarina, y no falta ninguna noche.

Eran las siete de la tarde, y sería perder el tiempo acudir al «Alhambra» antes de las once de la noche. Para aprovechar el tiempo, se me ocurrió darme una vuelta por Sunnyvale Drive y charlar con la dueña de la pensión donde Grace se alojaba en la época, ya un poco lejana, de su noviazgo con Thomas Dent. Me interesaban dos puntos concretamente.

—Ignoro de dónde sacaría el dinero —dijo, respondiendo a una de mis preguntas.

—Estoy segura de que no lo tenía cuando se marchó de aquí para ingresar en un sanatorio. ¡Con decirle que se quedó algunos días sin comer...!

—¿No trabajaba entonces?

—No. La despidieron de la fábrica a primeros de septiembre del año cincuenta. Lo recuerdo perfectamente, porque fue el mismo día que mi hijo Johnny regresó de Corea. Luego, durante el mes y medio que aún permaneció en la pensión, se quedó sin un centavo. No la puse de patitas en la calle por el estado en que se hallaba. Al fin y al cabo una es mujer, y sabe lo que se sufre en determinadas circunstancias.

—Pero —repliqué, asombrado—, ¡si el doctor Shaw asegura que la operó de apendicitis!

Me miró como si dudase del estado de mis facultades mentales. Luego, con gesto desdeñoso, respondió:

—¿Apendicitis? Si se lo ha dicho ese «doc», debe estar para que le amarren. Yo he tenido cuatro hijos, ¿sabe? Y le aseguro que lo que la pobre muchacha tenía...

CAPITULO 3

MILDRED era una chica rubia, de mediana estatura, bien proporcionada, con una cara agradable de mirar. Con todo, le dejaba a uno frío, indiferente casi. Tuve la sensación de que le faltaba algo, aunque no supiera exactamente qué. Acaso un poco más de vida.

—¿Policía? —inquirió, mirándome a través de la mesa, mientras lanzaba al aire una bocanada de humo.

—Periodista —repuse; luego, viendo cruzar por sus ojos una sombra de temor, añadí—: pero no temas, preciosidad. Vengo de incógnito.

El gesto de incompreensión demostró que no entendía lo que quería decir o ignoraba el significado de la palabra. Me apresuré a aclarar:

—Trabajo en el «Dispatch», y soy redactor de sucesos; no estoy en funciones ahora, sin embargo. Mi interés es puramente particular, y quiero que hablemos como amigos.

—¿De la pobre Grace? —inquirió, y me pareció que la voz le temblaba ligeramente.

—Sí; de la pobre Grace y de su suicidio. Caso de que no la suicidase alguien...

Fue perceptible el temblor que la agitó de pies a cabeza.

En sus ojos leí un pánico, que inútilmente trató de dominar. Atropelladamente, pero sin levantar la voz, protestó:

—Yo no sé nada. Dije al teniente Pocket todo lo que sabía y...

—A mi tendrás que decirme algo más —la interrumpí, enérgico—. Por ejemplo, de qué te operaron en el sanatorio del doctor Shaw.

De sus labios se escapó un grito de asombro; palideció intensamente, y se me quedó mirando con la boca abierta.

—¿También sabe eso? —preguntó, con voz ronca.

—Sé muchas cosas, y espero que me cuentes otras. Pero no te asustes —añadí, deseando tranquilizarla—. Nada de lo que me digas se lo repetiré a nadie. Y a la Policía, menos que a nadie...

Aquello pareció tranquilizarla un poco. Una ojeada a mi carnet periodístico bastó para convencerla de que no era un policía. Cuando

habló de nuevo, lo hizo tuteándose.

—¿Eras amigo de Grace?

—No; de su novio.

—¿De cuál?

—He dicho novio, no amigo —repuse, recalcando las palabras—. Amigos pudo tener muchos; novio de verdad, nada más que uno. Y tú debes saber quién fue.

—¿Thomas Dent?

—El mismo. Supongo que te hablaría de él cuando os conocisteis en el sanatorio; estoy seguro de que volvería a hablarte en las dos semanas que precedieron a su muerte. ¿Me equivoco?

—No. Grace le quería; se portó mal con ella, y hubo un tiempo en que creyó odiarle. Pero cuando supo que no la había olvidado, que deseaba casarse con ella... Bueno; se emocionó y lloró, como a cualquiera le hubiera ocurrido en su caso.

Quiso saber algo de aquel novio que tanto había significado en la vida de su desgraciada amiga. Durante diez minutos, ella preguntó, y yo le contesté, abiertamente, sin tapujos.

Me escuchó con interés, incluso con emoción. En algunos instantes brillaron sus ojos como si hubiese en ellos humedad de lágrimas, pero no llegó a llorar. Al final de mi relato quedamos en silencio. Fui yo quien rompió la pausa:

—¿Tuvo o no tuvo un chico?

—Sí —respondió Mildred, como quien despierta de un sueño. A renglón seguido, sobrecogida por un pánico que no acertaba a explicarme, añadió —: Pero eso no tuvo nada que ver con su muerte.

—¿Quién ha dicho que lo tuviese? —pregunté sorprendido.

—Nadie —admitió la muchacha, que parecía temerosa de haber dicho demasiado—. Creí que podías pensarlo, y quise aclarar las cosas.

—Es igual —respondí—. ¿Qué crees que influyó en su muerte? ¿No sería eso que anda buscando la Policía?

Me miró, recelosa. Intuí la causa del mismo y traté de tranquilizarla.

—Que no hay nada de lo que estás pensando —repuse—. Ni pertenezco a la Policía ni tengo el menor interés en ayudarla. Me tiene sin cuidado lo que ande buscando y las actividades de vuestros amiguitos. Sólo quiero que me hables del chico. ¿Entendido?

Hizo un gesto de asentimiento. Parecía dispuesta a hablar, pero miró hacia la derecha, al otro lado de la pista de baile, y cambió de parecer.

—Aquí no —dijo, con un hilillo de voz—. Podrían creerse otra cosa, y sería peligroso.

Miré hacia el punto en que Mildred clavaba la mirada. Me sobresalté, viendo que el teniente Pocket acababa de entrar en el «Alhambra». No me miraba a mí, sin embargo. Estoy casi seguro de que no me había visto.

contemplaba con gesto pensativo a un tipo alto, bien parecido, con cierto aire de perdonavidas, que acodado al mostrador ingería con lentitud un «high-ball». Aquel individuo sí me miraba, o, para ser más exacto, miraba con disimulo a Mildred.

—¿Quién es? —pregunté a la muchacha.

—Stacy Dooling —repuso—. Hace un rato que nos vigila, y no conviene que nos vea charlando tan serios.

Me encogí de hombros, con gesto de indiferencia. Conocía a aquel tipo de antiguo.

Stacy Dooling era una buena ficha. Había ganado dinero de muchas maneras, y ninguna decente ni honrada. Si tenía alguna participación en el «Alhambra» —y me daba la impresión de que debía ser el dueño o algo por el estilo—, comprendía que Pocket anduviera por allí husmeando.

—Pocket anda tras de tu amigo Dooling, ¿eh Mildred? Pues ya puede tener cuidado. Si ha hecho algo, y supongo que sí, no lo pasará bien. Ni tú, si te resbalas un poco.

Se acentuó la expresión de susto de la muchacha, y comprendí que nuevamente había dado en el blanco. Indudablemente, su conciencia debía estar menos tranquila de lo que aseguraba minutos antes.

Recordé entonces que el delito que le llevó a la cárcel a Stacy cuatro años atrás —aunque su estancia en ella fuera demasiado breve, por la incomprensible benevolencia de algunos miembros del Jurado—, fue un turbio asunto de vergonzosa explotación de algunas pobres mujeres, mezclado con algo de tráfico de estupefacientes.

—No me importa gran cosa —dije a Mildred—, y nada haría por ayudar a Pocket, que me profesa una antipatía cordial. Pero, aunque sólo sea por simple curiosidad, ¿querrías decirme qué anda buscando? ¿Drogas, quizá?

Necesité hablar y argumentar durante cinco minutos largos antes de lograr una contestación. Al final, más nerviosa a cada instante, porque Stacy no nos quitaba ojos y Pocket le imitaba, mirándome entre sorprendido y colérico, la chica respondió, en voz muy baja:

—Joyas. Cuando interrogó a Grace, le preguntó por unas joyas.

—¿Robadas?

—No lo sé —contestó, de mala gana—. No sé nada de todo eso ni quiero decir una sola palabra. ¡Vete! Stacy está irritado, y si continuas a mi lado...

—Necesito hablar contigo cuanto antes —insistí—. No de eso, naturalmente, sino del chico de Grace. Es lo único que me interesa.

—Hablaremos, pero no aquí. ¡Vete! Ya charlaremos en otro sitio.

—Ha de ser esta noche misma —exigí—. ¿Dónde?

Mildred vaciló una fracción de segundo, mirando, nerviosa, su reloj de pulsera. Al cabo, dijo que la esperase en un bar de Market Street, a las dos

de la madrugada; pero que no la mirase siquiera si no iba completamente sola.

—Y ahora —suplicó—, levántate enfadado, como si hubiésemos estado riñendo.

Accedí, representando lo mejor que supe la comedia. Creo que lo hice bastante bien. Los ocupantes de las mesas cercanas se volvieron ligeramente, escandalizados por las frases de despedida que dirigí a Mildred, quien a su vez me correspondió con lo más escogido de su repertorio.

Un camarero se acercó para rogarme que no armara jaleos ni insultara a las chicas. La situación fue un poco violenta; como contrapartida, advertí, mirando de refilón, que Pocket sonreía, irónico, y Stacy parecía lanzar un suspiro de alivio.

Fui hacia el mostrador, fingí estar un poco mareado, me bebí sin pestañear dos vasos de un *whisky* bastante fuerte, y permanecí unos minutos con la cabeza entre las manos, como si me embargasen los más profundos pensamientos.

Cuando de nuevo levanté la vista, Stacy Dooling se hallaba a mi lado, mirándome con interés y curiosidad. Indudablemente me había reconocido; pero, indudablemente también, suponía que sólo la casualidad me había llevado al «Alhambra».

—Me parece que conozco su cara, amigo —dije con la lengua estropajosa del borracho contumaz—. ¿No nos han presentado? Creo que es sí, aunque no recuerdo su nombre. Yo me llamo Norbert S. Walsh. ¿Y usted?

Le tendía una mano ligeramente temblorosa, que rechazó con aire de dignidad ofendida.

—Yo no me trato con periodistas borrachos y chantajistas —repuso desdeñosamente.

Tuve intenciones de hacerle comerse los insultos en compañía de algunos dientes. Logré contenerme, pensando que sería contraproducente. Había otra forma de hacerle mayor daño.

—¡Chantajista! —exclamé, dándome una palmada en la frente—. ¡Eso es, naturalmente! ¿Cómo he podido olvidarlo? Vi su cara en los periódicos, cuando le condenaron por chantajista, ¿verdad? ¿O fue por...? ¡Ah, ya recuerdo! No; no fue chantajista, sino algo peor. Le condenaron por...

—¿Por qué, imbécil? —saltó Dooling, sin poderse contener, apretando los puños y fulminándome con la mirada.

—Por traficar con estupefacientes —respondí añadiendo, con la peor de las intenciones—: Y por robo de joyas. ¿No fue así? Le cogieron por unas joyas robadas y...

Me detuve como si se me enredase la lengua y no fui capaz de articular cuatro frases seguidas. En los ojos de Stacy brilló una lucecita homicida, y

se llevó instantáneamente la mano derecha a la axila izquierda. Un segundo temí que se atreviese a sacar un arma.

Cambió de parecer al advertir que el teniente Pocket seguía con atención sus menores gestos. Adoptó entonces una actitud de olímpico desprecio, y me volvió la espalda, murmurando:

—No discuto con cretinos borrachos.

Me eché a reír, y Stacy se alejó, sin volver siquiera la cabeza. Volví a ingerir un nuevo vaso de *whisky*. Aunque era bastante fuerte y ya llevaba varios en el cuerpo, no me hizo el menor efecto. Unos minutos después, cuando luego de pagar, me dirigía hacia la puerta con paso que deliberadamente tenía muy poco de firme, tropecé con Pocket.

—¡Hola, teniente! No creí que los «polis» visitaran estos tugurios.

—Haría bien en irse a acostar —repuso, con aire severo, Pocket—, si está tan borracho como parece. Aunque empiezo a sospechar...

—¿Qué?

—Que exagera demasiado la nota, para que sea verdad —afirmó, demostrando que resultaba mucho más difícil de engañar que mi anterior interlocutor—. Hablemos sin rodeos, Walsh —añadió, acompañándome hasta la puerta—. ¿A qué ha venido aquí?

—Estamos en un país libre —repliqué, en tono malhumorado—, y hace tiempo que desapareció la ley seca. ¿Acaso tengo que pedirle permiso para beber donde se me antoje?

—Para beber, no; para meterse en lo que no le importa, sí.

—Quién se mete en lo que no le importa es usted —contesté, procurando adoptar el gesto y la actitud de un individuo que llevase en el cuerpo demasiado *whisky*—. Yo puedo ir donde me dé la gana.

—Y meterse con quien se le antoje, ¿no? ¿Aún exponiéndose a que alguien le agujeree la piel, como Stacy estuvo tentado hace quince minutos?

—¡Acribillarme la piel! —exclamé, poniendo cara de susto—. Y ¿por qué iba a hacerlo, y menos delante de usted, que debe proteger a las personas decentes?

—Porque, borracho o no, le gusta hablar más de la cuenta, muchacho. ¿Qué sabe de las joyas robadas?

—¿Qué joyas robadas? —pregunté, con la cara más tonta que pude poner.

—¡No finja conmigo, Walsh! —Gruñó, irritado Pocket—. Y no diga que no sabe nada, porque no voy a creerle. ¿Por qué habló a Stacy de unas joyas robadas?

—¡Bah! —dije encogiéndome de hombros—. Ese tipo me había insultado, y le contesté con lo primero que se me ocurrió.

—Y dio en el blanco, ¿eh? Sería demasiada casualidad, y yo no creo en esas casualidades. ¿Qué sabe de las joyas robadas?

—Ni palabra, teniente. Si supiese algo, lo diría en cuartillas para mi periódico.

Estábamos ya en la puerta de la calle. Pocket se me quedó mirando como si tratase de penetrar en el fondo mismo de mi cerebro. Vaciló un instante, ligeramente desconcertado. Indudablemente, no me creía tan borracho como parecía, pero sí que había bebido bastante.

—¡Váyase a casa y métase en la cama! —me aconsejó, al final, con aire entre paternal y amenazador—. Y recuerde mi consejo de esta mañana: No meta las narices en lo que no le importa. Se expone a quedarse sin ellas y, tal vez, sin algo más. No sabe con quien se juega los cuartos ni lo que ciertos tipos son capaces de hacer. Su primordial deber...

—Mi primordial deber —afirmé, en tono campanudo y grandilocuente; oscilando de un lado para otro, mientras hablaba—, es ayudar a la Ley y a la Policía, que la defiende. Por eso...

—Por eso... —Me quitó la palabra de la boca—, no debe obstaculizar su trabajo, metiéndose por en medio. ¡Y váyase de una vez! Tiene alcohol suficiente en el cuerpo para meterse en cincuenta líos.

—De los que usted me ayudará a salir, ¿no?

—No —replicó, áspero y desabrido—. La Policía no puede perder el tiempo velando a todas horas por locos entremetidos y escandalizadores. ¡Andese con pies de plomo, Walsh! Empiezo a sospechar que sabe más de lo que pretende y no juega muy limpio.

—Gracias, teniente —repliqué, en tono burlón—. Pero incluso cuando estoy bebido, como ahora, procuro no dar ningún traspiés.

No se molestó en contestarme. Parado en la puerta, con las manos en los bolsillos, el sombrero encasquetado y el ceño fruncido, me vio alejarme hasta el punto en que había dejado mi modesto «Chevrolet».

En el coche fui a dos o tres bares, donde procuré hacerme bien visible, fingiendo que me hallaba bastante mareado, y diciendo a quienes me preguntaban que pensaba irme a dormir sin tardanza.

A las dos menos cuarto tomé de nuevo el coche y me dirigí hacia la parte alta de la ciudad. Cualquiera que me viese supondría que me dirigía a mi apartamento, situado en una callejuela cercana al Calvary Cemetery. Di la vuelta cuando comprobé que nadie marchaba tras de mí, y a las dos en punto hacía mi entrada en el «Crystal», un gran café de Market Street, que permanecía abierto toda la noche y donde me había citado Mildred.

La muchacha no había llegado aún, y me tocó esperarla un buen rato. Eran las dos y media, y empezaba a pensar seriamente en marcharme, cuando la vi cruzar la puerta de entrada. Me descubrió inmediatamente, pero dio una vuelta por el amplio local, como si buscase a alguien, y sólo al cabo de tres o cuatro minutos fue a ocupar una banqueta del mostrador contigua a la que yo ocupaba.

Pidió un «Martini» y encendió un cigarrillo, siempre sin mirarme.

Cualquiera que nos vigilase creería que ni siquiera nos conocíamos.

—Aquí no podemos hablar —dijo, en voz muy baja, sin volver la cabeza—. Sal y espérame en tu coche.

—«*Okay*» dulzura —respondí, con las mismas precauciones—. Procura no tardar.

Abandoné el «Crystal» sin llegar a mirarla abiertamente. Un minuto después, y no sin observar con disimulo si alguien me seguía, estaba al volante del «Chevrolet» y ponía el motor en marcha. Me costó esperar otros diez minutos. Al cabo, Mildred salió del café en un momento en que la calle aparecía desierta, y corrió a sentarse a mi lado, en el «baquet».

—¡Arranca rápido! —exigió, con voz alterada.

Obedecí. Corrimos un rato a lo largo de la espaciosa Market Street, sin cruzar una sola palabra. Cuando, mirando por el espejo retrovisor, tuve la certidumbre de que nadie nos seguía, pregunté:

—¿Adónde quieres que vayamos? ¿A otro bar?

—No; a mi casa. Es donde menos se figurarán que estamos.

Me pareció perder el tiempo preguntar por qué nadie supondría que estaríamos en su apartamento; pero torcí por la calle Doce, para dirigirme al punto indicado. Tuve curiosidad, sin embargo, por saber qué le había sucedido.

—Stacy me hizo una escena. Estaba furioso contigo. Temía que te hubiese dicho algo.

—¿Del chico o de las joyas?

—Dijiste que querías hablar únicamente del chico, ¿no? —repuso, con marcado recelo—. Pues vamos a dejar lo otro. Creo que Stacy estaba un poco celoso, y me chilló por eso.

—¿Tanto que te hiciera llorar?

—No —afirmó—. Si lloré no fue por culpa de Stacy, sino por Pocket.

—¿El teniente? —inquirí, sorprendido.

—¡Claro! La tiene tomada conmigo, igual que la había tomado con Grace. Si le conoces, ya sabrás cómo trata a la gente.

Lo sabía. Geoffrey Pocket parecía un «bulldog» por algo más que su cara. Cuando cogía una presa, no había forma humana de hacérsela soltar. A su obstinación y energía, debía buena parte de los triunfos conquistados y del saludable pánico que infundía a los enemigos de la ley.

—No irás a decirme que te aplicó el «tercer grado» en pleno «Alhambra», ¿verdad? —pregunté.

—Por lo menos, me amenazó con él —replicó Mildred—. Y me llamó cosas que no pueden agradar a nadie. ¡Ni siquiera a una mujer como yo!

Me agradó la franqueza de la chica, que no pretendía presentarse como mejor de lo que era. Y aunque no se lo dijese de una manera concreta, en mi fuero íntimo le di la razón.

—¡Y todo por el chico de Grace y el suicidio de la madre! —comenté, a

sabíamos de que no era así.

—¡Ni hablar! —protestó Mildred—. Grace no le importa más que a su novio... y a ti. Es lo peor de nuestra vida —se lamentó—. Nadie se preocupa de nosotras más que en un sentido.

—Entonces, ¿fue por las joyas?

—¡Seguro! Se le ha metido en la cabeza que debemos saber dónde están, y yo te juro...

En aquello no la creí. Pocket podía tener todos los defectos que se quisieran, pero no podía negársele instinto policíaco. Cuando andaba husmeando en torno al «Alhambra» y las gentes que lo frecuentaban, sus motivos tendría.

—Me extraña todo eso —dije, y por una vez expresaba sinceramente mi pensamiento—. Pero ya te he dicho que soy repórter de sucesos; estoy enterado de los robos que se cometen y no recuerdo que recientemente se haya perpetrado ninguno con la desaparición de una buena cantidad de joyas.

—Ni yo tampoco —replicó Mildred, cuando llegábamos ya a las proximidades de su domicilio y dejábamos el coche en una bocacalle cercana para no llamar la atención de los vecinos—. Pocket dice que el robo se cometió hace tres o cuatro años.

Bien. Aquélla podía ser la explicación. Durante mi estancia en Corea había recibido todos los días el «Dispatch», remitido por avión. No pude precisar en el momento de qué robo se trataba; pero estaba seguro de conseguirlo con sólo forzar un poco la memoria.

—En mi apartamento hablaremos cuánto quieras, —dijo Mildred—. De Grace y de su chico, naturalmente. Aunque me temo que no consigas nada.

El apartamento estaba en un piso entresuelo. Según la muchacha, era muy pequeño, ya que sólo constaba de *living*, dormitorio, cocina y cuarto de baño. Hubiera sido conveniente registrarlo todo como primera providencia. Cometí la equivocación de no hacerlo, aunque puedo presentar como excusa que no creí que nos amenazase el menor peligro.

—Quedémonos aquí —dijo la muchacha, invitándome a tomar asiento en un pequeño diván del *living*—. Te pondré un *whisky* con soda, y mientras lo tomas hablaremos.

Siempre he dicho que el hablar mucho seca la garganta y que es conveniente remojarla de vez en cuando. No rechacé el ofrecimiento. Al contrario, me arrellané en el sofá y empezamos a charlar.

—Si —dijo Mildred, respondiendo a mis primeras preguntas—. Grace dio a luz en el sanatorio y tuvo un chico sano y robusto. Pesaría lo menos once libras.

—¿Por qué me lo negó el «doc», afirmando que Grace había sido operada de apendicitis? —pregunté sorprendido.

—Se lo pidió ella, y Shaw accedió a guardar el secreto. Ya comprenderás que resulta violento para una muchacha soltera tener un hijo. Puede estropearle cualquier matrimonio ventajoso.

—¿Y qué hizo con él? —inquirí, estremeciéndome, angustiado a la simple idea de que hubiese podido cometer el más monstruoso de los crímenes.

La respuesta de Mildred me tranquilizó. No; Grace no había perpetrado ninguna atrocidad: simplemente, se había separado de su hijo. Encontró una familia dispuesta a adoptarlo.

Puso una condición esencial al ceder a su hijo: que podría recuperarlo si su novio volvía o estaba en condiciones de mantenerlo y educarlo. Los cablegramas de Tom al recuperar su libertad la hicieron llorar de alegría.

—¿Por qué no se molestó en contestarle? —salté, receloso e incrédulo.

Porque antes necesitaba recuperar a su hijo. Al escribir a Tom quería darle la gran noticia y mandarle algún retrato del niño.

Parecía haber tropezado con algunas dificultades para conseguir sus naturales anhelos, si bien Mildred no fue en este punto nada explícita. Sin embargo, tenía la plena seguridad de vencerlas inmediatamente.

—¿Cómo puedes creer entonces que se suicidara?

—Para mí fue una terrible sorpresa y un verdadero mazazo encontrarla muerta —repuso, y sus palabras tenían un profundo acento de sinceridad—. La noche anterior estuve con ella y me habló con entusiasmo de Tom. Sólo la preocupaba ese maldito Pocket. Llevaba unos días tras ella y la sacaba de quicio. Acaso la depresión moral...

—¡Mentira! —La interrumpí—. Tú sabes que Grace no se mató por eso.

—Yo no sé por qué se mató exactamente —replicó—. He pensado bastante en estos días sin llegar a comprender el suicidio.

—No hubo suicidio —afirmé, tajante.

—Pero si la Policía ha dicho...

—Lo que no es verdad. Tú sabes que a Grace la mataron. Y —añadí, poniéndome en pie y acercándome a ella para mirarla al fondo de los ojos—, sabes quién la mató.

—Me bastó ver la palidez que cubrió su semblante para comprender que había dado en el blanco.

—¿Quién la mató, Mildred? —exigí, cogiéndola de los hombros, obligándola a mirarme a la cara—. Tú conoces su nombre y me lo vas a decir...

Negó nuevamente la muchacha y yo insistí en mis afirmaciones, más seguro a cada instante de pisar terreno firme. Los dos estábamos un poco nerviosos y excitados.

—¡Peor para ti! —exclamé, furioso, apartándola de un empujón—. Me voy, pero ya veremos qué dices a la Policía...

Me puse la trinchera y el sombrero, dispuesto a largarme de allí.

Empezaba a darme cuenta de que Mildred no jugaba muy limpio y que posiblemente me estuvo engañando desde que la abordase en el «Alhambra».

—Mañana hablaré con un inspector amigo mío —añadí, mirando a Mildred, que parecía desconcertada por el giro inesperado de la entrevista—. Supongo que te buscará inmediatamente.

—¿A mí, para qué? —acertó a preguntar la muchacha.

—Para explicarle cómo y por qué mataste a tu amiga Grace.

Mi sorprendente acusación la causó el efecto lógico. Protestó acalorada y se abalanzó sobre mí para cogerme de un brazo e impedirme salir.

—¡Estás loco! —chilló, colérica—. ¿Por qué iba a matarla yo?

—Por dos razones —repliqué, dando rienda suelta a mí fantasía—. Porque tenía una parte de las joyas robadas y porque tanto tú como Stacy temíais que os acusara cuando Pocket le apretase un poco más las clavijas. ¿Qué te parece?

Creí que iba a tirarse a mi cuello. Su reacción me asombró y desconcertó por un instante. Tras dirigir una rápida mirada a las cortinas que tapaban la puerta que debía dar a su dormitorio, cambió repentinamente de actitud. Dejó de chillar protestando y de hacer gestos. Al hablar lo hizo en tono casi amistoso.

—¡Eres más listo de lo que creía, Walsh! Acaso te acerques bastante a la verdad.

—¿Entonces, la mataste?

—No. Pero ven al sofá. Hablaremos mejor sentaditos los dos. Voy a decirte cosas que te sorprenderán un poco.

—Sólo quiero una cosa —exigí, imperioso—. ¿Quién la mató?

Me había equivocado de medio a medio al juzgarla. Dije que al verla por primera vez me pareció que le faltaba un poco de vida; pensé también, aunque no lo haya dicho, que, como tantas otras chicas de su tipo, tenía la inteligencia de un mosquito. Erré en ambas cosas.

—Ven a mi lado, querido. Te diré lo que quieras. Verás como tú y yo...

—¡Dame el nombre que te he pedido! —repliqué, más receloso y desconfiado a cada segundo—. ¡Dámelo, o voy a denunciarte ahora mismo a la Policía!

Hice ademán de abrir la puerta de la escalera. Llegué incluso a poner la mano sobre el pestillo, decidido a no perder el tiempo allí, haciendo a Mildred un juego cuya finalidad no acertaba, a explicarme, pero que empezaba a ponerme nervioso.

—¡Espera! —suplicó, me pareció realmente alarmada, mirando de nuevo hacia las cortinas de la puerta del dormitorio y poniéndose en pie—. Guarda un minuto y te diré...

—¿Quién mató a Grace —la apremié—. No necesito ni quiero otra cosa. Pero ha de ser ahora mismo, o...

—Tú ganas —repuso Mildred, dirigiendo una mirada más hacia las cortinas, lo que llevó a culminar mis sospechas—. A Grace la mató...

No estoy seguro si llegó a pronunciar un hombre. Confusamente me parece recordar, que sí, aunque no podría jurarlo. Pero la verdad, la única verdad, es que en aquel momento decisivo hubo algo que me preocupó cien veces más que conocer el nombre del asesino de Grace: no ser asesinado yo, sin llegar a saber exactamente por quién ni por qué.

Estaba un tanto escamado. La había visto mirar con gesto impaciente y esperanzado hacia las cortinas del fondo, y procuraba no perderlas de vista, temeroso de la irrupción de cualquier adversario.

No conseguí ver a ninguna persona determinada, pero sí lo suficiente para que el corazón me diese un vuelco. En el preciso instante en que Mildred parecía decidida a darme el nombre del que mató a la pobre Grace, asomó por entre las cortinas el cañón de una pistola, provista de silenciador.

De haber permanecido inmóvil junto a la puerta de entrada, aquél hubiera sido el último minuto de mi vida. Por fortuna, salté hacia adelante en movimiento rápido e instintivo, y mi desconocido agresor falló la puntería. En un abrir y cerrar de ojos creí comprender que la muchacha me había atraído a una trampa, y seguro de que contra ella no dispararían, la cogí violentamente por un brazo, obligándola a interponerse entre la pistola y mi corazón, mientras apresuradamente trataba de sacar el arma que llevaba en el bolsillo.

Todo sucedió entonces con una rapidez inconcebible. Una bala más silbó junto a mis oídos, al tiempo que lograba sacar mi pistola. Otros dos chasquidos siguieron casi sin solución de continuidad, y Mildred se estremeció de pies a cabeza, crispado su rostro en un rictus de angustioso dolor, mientras entre sus labios aparecía un hilillo de sangre.

La muchacha se llevó ambas manos al pecho y fue doblándose sobre sí misma hasta rodar por la alfombra. Yo me tiré de cabeza al suelo, porque la pistola del desconocido seguía disparando. Pero una vez en el suelo, comprendiendo que mi vida dependía de la rapidez con que reaccionase, comencé a tirar a mi vez.

No he sido nunca un tirador de primera, pero como el agresor estaba muy cerca y era claramente perceptible su bulto medio oculto tras los cortinones, tuve alguna esperanza de darle su merecido. No fracasé por entero. Como respuesta a mis disparos, que resonaban como cañonazos en el interior del *«living»*, me pareció escuchar un grito de dolor y rabia.

Es posible que el grito no llegase a sonar; pero lo indudable fue que las cortinas se agitaron con violencia, que la pistola con el silenciador desapareció de mi vista y que oí pasos precipitados como si alguien corriese en el interior del dormitorio. No acabando de fiarme, y como medida de precaución, volví a disparar dos veces más.

Como no contestaron a mis disparos ni oyese el menor ruido, me incorporé, y tomando todo género de precauciones fui hacia las cortinas, que descorrí de un golpe. A mi vista apareció entonces el dormitorio, completamente vacío. Una ventana abierta al fondo de la habitación me dijo por dónde había escapado mi enemigo.

Me asomé. La ventana estaba a tres yardas del suelo, y entrar o salir por ella no ofrecía la menor dificultad. Daba a una callejuela transversal, desierta y mal alumbrada. En el momento mismo de asomarme, un individuo, posiblemente mi desconocido agresor, doblaba la esquina inmediata. Le vi una décima de segundo, de espaldas; pero no podría decir quién era. Ni siquiera su aspecto, edad o corpulencia.

Pensativo y preocupado torné al «*living*». Mildred aparecía tendida boca arriba, con las pupilas vidriadas por la muerte, inmóvil en un charco formado por su propia sangre. Quedé unos momentos sobrecogido, mirándola con fijeza, sin lograr salir del estupor en que los dramáticos acontecimientos me habían sumido.

De mi abstracción me sacó el ruido de pasos presurosos en la escalera y el rumor de preguntas y respuestas formuladas por gentes que debían sentirse presas de un gran nerviosismo. Alguien decía a gritos:

—¡Ha sido ahí! En el apartamento de Mildred...

Eran los vecinos, indudablemente alarmados por el estrepito de los disparos. Si alguna duda me quedaba, desapareció al resonar en la puerta de la escalera una serie de golpes de llamada, acompañados de gritos:

—¿Qué ha pasado, Mildred? ¡Abra pronto! Joe está avisando ya a la Policía...

¡La Policía! Repentinamente me di cuenta de todo lo comprometido de la situación si me encontraban allí. Veinte personas distintas me habían visto discutiendo unas horas antes con la muchacha. ¿Qué pensarían cuando supieran que estaba con ella cuando la chica murió? Serían pocos los que admitieran mi inocencia.

¡Huir! Tenía que huir cuanto antes y como fuese. Me acordé de Pocket. Era demasiado listo para admitir que hubiera asesinado a la chica, pero no dejaría de aprovechar la oportunidad para darme un pequeño disgusto.

Me decidí. Miré inquisitivo alrededor. No dejaba por allí nada que fuese mío, que descubriera mi presencia en el *living*. Iba ya a correr hacia el dormitorio y la ventana cuando reparé en el vaso que había contenido *whisky*. En él, sin la menor sombra de duda, estarían mis huellas. Lo cogí con rapidez, metiéndolo en el bolsillo de la trinchera.

Atravesé la alcoba en dos zancadas. De un salto estuve en la callejuela. Cuando doblé la esquina sin tropezarme con nadie lancé un suspiro de alivio. Fui a toda prisa hacia el punto en que había dejado mi coche. Al pasar por la boca de una alcantarilla tiré el vaso, que se hizo añicos. Un instante después pisaba el acelerador del «Chevrolet».

Como medida de precaución di algunas vueltas antes de dirigirme a mi domicilio. Eran más de las tres de la madrugada cuando llegué.

En mi cuarto me tomé un buen trago de *whisky* para serenar un poco mis nervios. Al meterme en la cama estaba casi tranquilo. Nadie me había visto en compañía de Mildred luego de salir del «Alhambra». Nadie me vio entrar o salir de su casa, ni podría decir si había llegado a la mía a la una o a las tres de la madrugada.

—Sólo el asesino sabe que estuve con ella. Pero callará por la cuenta que le tiene...

CAPITULO 4

NO creo que pueda sorprender a nadie que tardase mucho en dormirme y que mis sueños tuvieran poco de placenteros. Era perfectamente lógico luego de las trágicas aventuras de aquella noche.

Logré conciliar el sueño pasado ya el amanecer y seguía durmiendo a las once de la mañana, cuando el insistente sonar del timbre de la puerta me obligó a abandonar el dulce lecho. Mi tiré de la cama, me eché una bata sobre el pijama, calcé unas zapatillas y fui a abrir. No me sorprendió demasiado comprobar que quién llamaba era el teniente Pocket, pero simulé perfectamente un asombro que estaba muy lejos de sentir.

—¡Caramba, teniente! ¿Cree que son horas para sacar de la cama a las personas honorables? —Luego, viendo que guardaba absoluto silencio, aunque ya había transpuesto el umbral sin esperar que le invitase a hacerlo, añadí—: ¿Podría decirme por lo menos a qué debo el alto honor de su inesperada visita?

—Lo sabrá sin tardanza, Walsh —replicó en tono grave, con el rostro tan alegre como un funeral—. Pero convendría que se lavase la cara y se despidiera un poco antes de contestar a mis preguntas.

—¿Se trata de una visita oficial, entonces? —inquirí, fingiéndome alarmado.

—Sí. Y convendría que no olvidase que cuánto diga podrá ser utilizado en contra cuya ante los tribunales.

No me agradó oírle, pero de cualquier forma el consejo de Pocket era bueno y me apresuré a seguirlo. Pasé al cuarto de baño y metí la cabeza debajo del grifo de agua fría. Mis ideas se aclararon bastante, cosa que no estaba de más.

—¿Qué hizo anoche, luego de salir del «Alhambra», y a qué hora volvió a su casa? —preguntó el teniente, apenas estuvimos sentados en mi despacho, iniciando el interrogatorio.

Le contesté de la mejor manera posible. Estaba un poco bebido al salir del «Alhambra» y aún visité cuatro o cinco bares más —algunos de cuyos nombres le di—, antes de regresar a mi domicilio. De cualquier forma, a

las dos y veinticinco estaba en mi casa. Lo recordaba perfectamente porque miré el reloj antes de meterme en la cama.

—¿Existe alguien que pueda confirmar sus palabras?

Suponía que sí. Era bastante conocido en los bares de Market Street y sus alrededores. Seguramente algunos *bar-men* me habrían visto y reconocido. ¿Por qué no se molestaba el teniente en buscarlos, si tanto le interesaba?

—Lo hice antes de venir aquí —repuso, conciso, Pocket—. Varios recuerdan su presencia, en efecto. Pero todos le vieron antes de las dos y media. Del «Crystal» que debió ser el último que visitara, salió alrededor de las dos y cuarto.

—Si lo sabía, ¿por qué diablos ha venido a sacarme de la cama tan temprano?

—Porque nada de eso prueba que llegase a su casa a la hora que ha dicho. Al salir del «Crystal» pudo ir a cualquier otro sitio. A casa de Mildred Leland, por ejemplo.

—¿Y quién es Mildred Leland? —salté, procurando poner cara de inocencia angelical.

Pocket me miró con gesto de clara suspicacia. Me di cuenta perfecta de que no me creía y de que sería preciso extremar las precauciones.

—¡No finja, Walsh, ni me haga perder estúpidamente un tiempo precioso! De sobra sabe de quién le hablo. ¿Le sorprendería mucho que supiera que la portera de Merchants Street le dio su nombre? ¿No recuerda, acaso, que yo mismo le vi hablando con ella en el «Alhambra»?

—¡Ah, se trata de aquella rubia antipática! —exclamé como si recordase de pronto quién era—. Le aseguro que no era mi tipo, teniente. Charlamos dos minutos y acabamos de mala manera. ¿Para qué iba a ir a su casa?

—Para meterle dos balazos por la espalda —respondió Pocket, con brutalidad premeditada, observándome atentamente para ver el efecto que me producía la noticia.

—¿Qué la han matado? —exclamé, poniéndome en pie de un salto y simulando lo mejor que pude y supe un asombro sin límites—. ¿Quién?

—Según todas las pruebas, usted —respondió, firme y acusador, el teniente.

—¡Está usted loco! —chillé, irritado—. ¿De dónde puede sacar semejante majadería? ¿O se trata de alguna broma estúpida?

—No es ninguna broma, Walsh. Hablo perfectamente en serio. Y no estoy loco al creer que la mató usted. Hay más pruebas de su culpabilidad de lo que pudiera convenirle.

—¡Mentira! —repliqué, colérico, aunque las palabras de Pocket me habían afectado profundamente—. No puede existir prueba de ninguna clase, porque yo no he matado jamás a nadie.

—¿Y si hubiésemos encontrado sus huellas dactilares en el *living* de su apartamento?

Debí palidecer intensamente y estuve a punto de traicionarme. Con la rapidez de un relámpago recordé el vaso que me llevé y arrojé a una alcantarilla. ¿No podría haber dejado más huellas en otro lado? Rechacé de plano la hipótesis.

—Sería un milagro —repuse—, porque jamás puse los pies en su casa. Y yo —añadí con una sonrisa burlona—, no creo en milagros, y menos en nada relacionado con usted.

—Sin milagro ninguno —contestó el teniente—, creo que fue usted quién la mató.

El hecho de que no insistiera en el hallazgo de mis huellas en el apartamento de Mildred resultó altamente tranquilizador.

—Con iguales razones —repliqué—, puedo creer yo que el asesino fue usted.

Obvio es decir que mi acusación no tenía base alguna en que apoyarse ni era posible que Pocket la tomara en serio. Se trataba de un juego de palabras, destinado a molestarle un poco. Le molestó, desde luego. Aunque logró dominarse en el acto, palideció ligeramente.

—¡Déjese de estupideces, Walsh! —Gruñó, irritado—. Si otro que no fuera usted se hubiese atrevido a decirme eso...

Sabía de sobra cuál habría sido su reacción si cualquier sospechoso, especialmente si se trataba de un maleante profesional, hubiera dicho lo que yo. Con toda seguridad que no le hubiesen quedado ganas de repetirlo ni probablemente habría podido hacerlo en un buen rato en el caso improbable de que lo pretendiera.

—¿Acaso cree usted que hubiese tolerado a ninguna otra persona que me acusara de haber perpetrado un asesinato?

—Supongo que no —admitió Pocket—. A menos, naturalmente, que tuviera motivos y razones poderosas para considerarle culpable.

—¿Las tiene usted? —pregunté, decidido a coger al toro por los cuernos.

—Desde luego —afirmó—. De no tenerlas, ¿me atrevería a lanzar la menor insinuación contra usted, corriendo el riesgo, que no ignoro, de echarme encima a la Prensa?

Sólo cabía una respuesta. Pocket no tenía un pelo de tonto y sabía de manera positiva que, amigos o enemigos, todos los periodistas de la ciudad estarían a mi lado por espíritu de clase, a menos que pudiera demostrar de una manera plena y rotunda mi culpabilidad. Haciendo de tripas corazón, le desafié:

—¿Qué motivos o razones cree tener para imputarme algo tan descabellado?

—¿No le parece suficiente su extraordinario interés por Grace

Desmond? —Fue su inesperada y sorprendente respuesta.

Le mire estupefacto, sin acertar a comprender dónde quería ir a parar. Cuando pude reaccionar protesté airado contra lo que juzgaba una broma de mal gusto. ¿Pretendía, quizá, acusarme de la muerte de *miss* Desmond? Me parecía el colmo de la estupidez.

—He hablado de su interés por la chica, no de la muerte de ésta —puntualizó Pocket.

Como siguiera sin comprenderle, el teniente explicó sus palabras, dejando caer las frases con estudiada lentitud y observando atentamente el efecto que me producían. Sospechaba que Grace estuvo de una u otra manera complicada en un robo de joyas cometido algún tiempo atrás. Violentando la caja fuerte de una joyería, los ladrones, que no fueron habidos, se llevaron alhajas cuyo valor sobrepasaba los ciento cincuenta mil dólares.

—¿Se refiere al robo de la joyería Gould? —pregunté.

—No necesita preguntar lo que sabe de sobra —respondió, desdeñoso e hiriente, Pocket—, y no sólo por su trabajo como redactor de sucesos.

No hizo el menor caso de mis palabras de airada protesta contra la insinuación, y continuó hablando. El robo a la joyería Gould constituía el mayor fracaso de su carrera policial. Ni consiguió descubrirá los culpables ni recuperar lo robado. Era una espina que llevaba clavada en el corazón y que estaba dispuesto a sacarse cuando se le presentara la menor oportunidad.

—Y creo que esa oportunidad ha llegado.

Hacía un mes que cierto individuo de turbios antecedentes apareció muerto en una callejuela de la Chinatown. Se llamaba Leonard Master, más conocido por Lenny, y acababa de salir de San Quintín, luego de cumplir dos años de condena por un robo sin importancia. Según todos los indicios, había reñido con alguno de sus viejos amigos estando borracho, y su contrincante se adelantó a disparar.

Pero hubo varias cosas que llamaron la atención de Pocket, forzándole a una investigación a fondo. Lenny, que tenía bien ganada fama como «reventador» de cajas de caudales, había sido sorprendido y apresado la misma noche en que robaron la joyería de Gould, luego de forzar la puerta de un apartamento y en el momento en que pretendía huir con unos candelabros de plata que apenas valdrían cincuenta dólares.

A la Policía le sorprendió mucho que Lenny se jugase la libertad por tan poco dinero. Alguien apuntó, sagazmente, que aquel robo sin importancia era una simple coartada con la que pretendía ocultar su participación en el asalto de la joyería.

No se encontraron pruebas para cargarle el robo de Gould; admitió ante el juez su culpabilidad en el asalto del piso, y aunque esperaba no «sacar» más que siete u ocho meses de condena, fue sentenciado a tres años, de los

que hubo de cumplir dos en San Quintín.

—Yo estaba y estoy seguro de que fue quien forzó la caja fuerte de la joyería. Era un tipo listo y sabía que sospecharíamos de él en cuanto nos enterásemos. Por eso se nos adelantó cometiendo otro robo sin importancia y dejándose prender para ser castigado por éste y disfrutar al salir de la cárcel de su parte en lo que hubiese producido la venta de las joyas.

—¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo? —pregunté con irritación y sin poder disimular mi impaciencia.

—Creo que lo sabe mejor que yo —respondió Pocket—. De cualquier forma, si tiene un poco de calma se lo diré. Así comprenderá que es inútil tratar de engañarme.

En el asalto, de la joyería, Lenny no había sido el único participante; ni siquiera el principal. Su papel se limitó a forzar la caja. Quienes planearon el golpe y encontraron manera de llegar hasta los sótanos habían de llevarse, lógicamente, la parte del león. De cualquier forma, a su digno compinche le asegurarían una cantidad respetable.

—Lenny debía tener plena confianza en ellos cuando les entregó todas las joyas y se dejó prender aquella misma noche.

Fallidos sus primeros esfuerzos para detener a los autores del robo, la Policía confió en que no tardarían en descubrirse al tratar de vender alguna de las alhajas. Pero transcurrieron dos años largos sin que ningunas de las joyas apareciese en el mercado. O los ladrones habían conseguido sacarlas de América, cosa harto difícil y problemática, o, lo que resultaba más lógico, las guardaban tranquilamente esperando que pasados unos años podrían convertirlas en dinero contante y sonante sin el menor peligro.

—Sigo sin ver qué tiene que ver todo eso con mi interés por Grace Desmond —torné a decir, malhumorado, aprovechando una pequeña pausa en el relato del teniente.

Pocket no se dignó prestar la menor atención a mis palabras. Imperturbable, continuó hablando.

Parecía que Lenny había recibido de vez en cuando algunas cantidades de dinero durante su encierro y que no se recataba en afirmar que sería rico el día que saliese en libertad. Y aunque al abandonar San Quintín no llevaba un centavo en los bolsillos, ni había trabajado en nada los veinte días que estuvo en la calle, ni siquiera participando en cualquier robo o atraco de menor cuantía, no le faltó dinero para comprarse un traje, alquilar una habitación, beber y divertirse a lo grande en las tres semanas que precedieron a su triste final.

—Todo ello hizo aumentar mis sospechas. Y no contribuyó precisamente a disiparlas saber que había ido cinco o seis veces por el «Alhambra» ni que en épocas pasadas fue amigo íntimo de Stacy Dooling.

De Stacy había sospechado la Policía a raíz de cometerse el robo de la joyería Gould. Por suerte para él pudo presentar una buena coartada.

—Pero he registrado su casa y el «Alhambra» —continuó el teniente—; he conseguido incluso examinar el contenido de dos cajas de alquiler que tiene en distintos Bancos, y las joyas siguen sin aparecer. Sólo cabía una explicación: que las ocultase, de acuerdo con él, cualquiera de los que le rodeaban.

Dos mujeres habían atraído el interés y la atención de Pocket. Una Mildred Leland, amiga íntima de Stacy; la otra, Grace Desmond, que no sólo trabajaba en el «Alhambra» sino que había salido un par de noches con Lenny y que tenía algún dinero en su poder.

—¡Nada menos que dos mil dólares en su cuenta corriente, aparte de algunos abrigos de pieles y joyas que valían otro tanto!

—¡Bah! —objeté, encogiéndome de hombros—. Que saliese con Lenny no tiene importancia, porque lo mismo habrá salido con otros muchos.

El teniente pensaba de distinta manera. No creía que los amigos de Grace —que, según él, no era ninguna belleza ni, tenía nada de inteligente o simpática—, le permitiesen ahorrar una pequeña fortuna. Sospechaba que era otro muy distinto el origen del dinero. Sobre todo teniendo en cuenta que cambió por completo de vida en una época que coincidía con el robo de la joyería.

—Y de su estancia en el sanatorio del doctor Shaw, ¿no? —pregunté, intencionadamente.

—Sí. Pero no pretendía insinuar que Shaw le dio dinero en lugar de cobrárselo, porque no le voy a creer. Conozco al doctor mejor que usted, y sé que antes se dejaría matar que regalar a nadie un solo centavo.

—Si le conoce tan bien —respondí—, sabrá por qué mintió al afirmar que había operado a Grace de apendicitis cuando la realidad es...—¿Qué tuvo un chico? Lo sé; el doctor, que guarda con escrupuloso celo todos sus secretos, profesionales, habla siempre de apendicitis cuando una muchacha se encuentra en las condiciones de Grace. Es una delicadeza por su parte.

—¿Y no sabe usted, por casualidad —insistí—, qué ha sido del hijo de Grace?

—Ni lo sé ni me importa. Supongo que lo dejaría en cualquier orfanato.

Yo no tenía ningún propósito de defender a las madres capaces de abandonar a sus hijos; ni siquiera me interesaba salir en defensa del buen nombre de la desgraciada Grace. Lo que me importaba de manera fundamental era rechazar la imputación de asesinato lanzada contra mí, y continuaba sin ver qué relación hallaba Pocket entre la muerte de Mildred y mi interés por su amiga.

—Lo empezará a comprender, aunque estoy seguro de que lo sabe mejor que yo cuando le diga que Thomas Dent fue, con toda seguridad, uno de los asaltantes de la joyería Gould.

Salte indignado. Thomas Dent era un muchacho que había ido voluntario a Corea, que había luchado con heroísmo en defensa de la patria, que pasó meses interminables de espantoso cautiverio, que supo jugárselo todo por ayudar a sus camaradas presos y que ahora mismo convalecía en un hospital de Fusan o Tokio de las terribles penalidades sufridas.

—Lo menos que merece de quienes no fuimos capaces de imitar su heroísmo —añadí, intencionado—, es nuestra admiración y respeto.

Mis palabras eran un ataque apenas velado contra Pocket, que no sólo no había ido a Corea, sino que, escudándose en un certificado médico, supo arreglárselas para pasarse la segunda guerra mundial muy lejos de los frentes de combate. Pero el teniente de detectives hizo como que no entendía mi indirecta.

—Yo nunca admiro ni respeto a los ladrones —replicó—; ni siquiera disfrazados de héroes.

Afirmaba que Thomas Dent había participado en el robo.

Como a diferencia de su amigo Lenny no estaba fichado por la Policía pudo ingresar en el Ejército. Marchó voluntario a Corea por las mismas causas que obligaron a Lenny a dejarse detener: alejar de sí toda sospecha y estar a cubierto hasta que pasase la tormenta.

—Supongo que Dent le dio el encargo de buscar a su antigua novia al ver que no respondía a sus cablegramas. Y probablemente de algo más.

No dijo en qué consistía aquel «algo», pero no costaba trabajo imaginárselo. Por desgracia o por suerte, cuando llegué a San Francisco, Grace se había suicidado.

—O la habían asesinado —repliqué.

—Quizá —admitió—. Es una posibilidad que no he descartado en ningún momento. Pero se matase o la matasen, la causa sólo puede ser una: la lucha por las joyas robadas y desaparecidas. En cualquier caso su muerte me demostró que pisaba terreno firme.

Como sospechosa número uno de haber tenido algo que ver en su muerte aparecía Mildred Leland. Tras hacer una serie de laboriosas investigaciones y con datos valiosos a su disposición, Pocket fue a interrogarla al «Alhambra» la noche anterior. Mi presencia allí se le antojó extraña. Doblemente extraña porque me vio hablando con la chica.

Tras de mi marcha aseguraba haber tenido un par de escenas violentas con Mildred y Stacy, a los que acorraló con sus preguntas. Quiso comprobar algunas de las manifestaciones de Dooling, encarándole con la muchacha, y se tropezó con la desagradable sorpresa de que la chica había salido del «Alhambra».

—Fue a reunirse con usted, que la estaba esperando —afirmó, terminante.

—¿Se lo ha dicho alguien —pregunté, irónico—, o no ha hecho más

que soñarlo?

—Ninguna de las dos cosas. Pero sé de una manera firme y segura que Mildred y usted se vieron anoche después de las dos de la mañana, y que una vez allí...

—¿Tiene alguna prueba en que apoyar una acusación? —le interrumpí.

—Sí; varias, y todas graves —repuso, e instintivamente me estremecí de pies a cabeza—. La primera, su interés por unas alhajas que tenía Mildred; la segunda, que se vio con ella en el «Crystal»; la tercera, a las dos y cuarenta y cinco de la madrugada aún no había regresado a su domicilio.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque llamé por teléfono varias veces y nadie se molestó en descolgar el auricular.

Me encogí de hombros bastante tranquilizado. Las pretendidas pruebas expuestas por Pocket no pasaban de ser, como máximo, simples indicios que ningún juez tomaría demasiado en consideración.

—Estaba demasiado mareado y bebido para levantarme de la cama y coger el auricular.

—¿Y si yo tuviese la seguridad plena de que a esa hora estaba con Mildred y fue quien la mató?

—Tendría que dudar de su inteligencia, porque no pasa de ser una estupidez —repliqué, en tono frío y duro.

—Estupidez, ¿eh? —Gruñó, agresivo—. ¡Estupidez que hayamos encontrado sus huellas, que le reconocieran algunos de los vecinos que le vieron saltar por la ventana, que el calibre de las balas que mataron a la pobre chica coincidiera exactamente con las que carga la pistola que adquirió hace menos de tres meses...! ¿Qué más cree que necesitará el jurado para mandarle a la cámara de gas?

A cualquiera le hubiesen hecho temblar semejantes frases en labios de un hombre como Geofrey Pocket. Reconozco sinceramente que un primer instante a mí me produjeron un terrible efecto y quedé anonadado, pero en una centésima de segundo me di cuenta de que Pocket mentía.

No era posible que hubiese encontrado huellas que pudiese confrontar con las mías, cuando aún no tenía éstas, resultaba inverosímil que ninguno de los vecinos me reconociese, por la positiva razón de que ni uno solo me conocía, y respecto al arma comprada por mí unos meses antes, a punto de partir para Corea, era una pistola grande, del nueve largo, apropiada para una campaña bélica, pero inadecuada para llevarla en el bolsillo en el interior de una ciudad. La noche anterior yo utilicé otra de menos calibre, y mi desconocido agresor empleó otra del nueve corto, cuyos proyectiles eran totalmente distintos.

—¡Abandone ese tono amenazador y esas fantasías, Pocket! Usted no tiene pruebas de ninguna clase. De tenerlas, me hubiese detenido y en paz.

Pocket hubo de reconocer su derrota. Nos conocíamos los dos lo

suficiente para que pudiese abrigar la esperanza de mantener el engaño.

Reconoció su derrota de una manera sinuosa, indirecta; no proclamando abiertamente su error, sino insistiendo en él.

—A pesar de todo —afirmó—, sigo convencido de que estuvo usted anoche con Mildred en su casa y que fue quien la mató.

Contesté con energía y violencia. Sabiendo que pisaba terreno sólido, convencido de que no poseía ninguna de las pruebas a que había aludido y que podía meterme en un callejón sin salida, mis palabras adquirieron especial virulencia.

—No olvide que hay una Ley de Difamación y que puedo invocarla porque al atacarme no le guía ningún afán de justicia, sino un torpe anhelo de vengar su vanidad herida por mis informaciones.

Por toda respuesta, el teniente se levantó y marchó hacia la puerta. Yo le acompañé a lo largo del pasillo. En la puerta ya se volvió para decirme en tono mesurado, con acento de profunda sinceridad:

—Se equivoca, Walsh, al suponer que me guía un afán de venganza. Sí le acuso es en servicio de la justicia, porque estoy convencido de que fue usted quien la mató.

—¡Ha perdido la cabeza, Pocket! —repliqué, airado—. ¿Por qué se empeña en decir que fui yo, entre el millón de habitantes de Frisco, el que mató a Mildred?

—Porque era quien más motivos tenía para desear su muerte y mayor oportunidad tuvo de perpetrarla.

La inconcebible obstinación de Pocket me hizo perder los estribos. A gritos ya, francamente descompuesto, le dije unas cuantas cosas que nada tenían de agradables. Entre otras, que había varios, todos los complicados en el robo de las joyas, y Stacy Dooling especialmente, que podían tener mil veces más motivos y oportunidades que yo. ¿Por qué no se preocupaba de ellos?

—Me preocupé antes de pensar en usted —repuso el teniente—. Hablé con Stacy esta mañana y tiene una magnífica coartada. No se movió del «Alhambra» hasta las cinco de la madrugada.

—También lo tuvo —contesté— la noche que asaltaron la joyería Gould y, sin embargo, parece muy seguro de que estuvo entre los autores.

—El caso ahora es completamente distinto.

—¿Distinto por qué?

—Porque Dooling adoraba a Mildred. ¿Quiere una prueba? Pues no hace ni ocho días que, pese a los antecedentes de la muchacha, Stacy se casó con ella. Y nadie se casa con una mujer para matarla antes de transcurrir la primera semana...

CAPITULO 5

CROISE quiere verte, Norbert. Dejó aviso para que fueras a su despacho en cuanto llegases. Debe ser algo grave y urgente, porque en las tres horas últimas preguntó lo menos veinte veces por ti.

No me agradó la noticia. Ni podía tragar a Reuben por muy redactor-jefe del «Dispatch» que fuera —y se me había atragantado precisamente por serlo— ni esperaba nada bueno de él. Lo mejor que se le podía haber ocurrido era hacerme emprender otro viajecito aéreo por encima del Pacífico, si no era sobre los Andes y la inmensa selva amazónica.

Era la tarde de mi reincorporación al trabajo, unas horas después de que fuese descubierto el cadáver de Mildred Leland. Acudí, resuelto, al despacho de Croise.

—Siéntese, Walsh —dijo, indicándome un confortable sillón y cerrando la puerta del despacho a mi espalda—. Quiero que hablemos en plan amistoso y cordial, pero con una rabiosa sinceridad y sin que nadie nos interrumpa.

En realidad, no deseaba que hablásemos; quería hablar él solo, con la esperanza de que yo, obligado por las circunstancias, me limitaría a dar mi conformidad a cuanto proyectaba.

—¡Deje ya de dorarme la píldora y diga con claridad lo que desea! —le espeté secamente.

Se trataba simplemente de que renunciase a mis funciones como redactor de sucesos. No era que el «Dispatch» estuviera descontento de mi labor, ni mucho menos que el director de la empresa hubiera pensado un solo segundo en prescindir de mis valiosos servicios. Había obtenido un éxito rotundo con mis reportajes de Panmunjón como anteriormente los conseguí en abundancia con otros más o menos sensacionalistas.

—De cualquier forma, hemos pensado que por el momento deje la información policial. Peter Richardson le sustituirá hasta que pasados unos días, y aclaradas las cosas...

—¿Se refiere al asesinato de Mildred Leland? —pregunté, aunque desde el primer instante aguardaba algo por el estilo.

—Efectivamente, amigo mío. No es, claro está, que demos el menor crédito a ciertas malévolas insinuaciones. Pero por el prestigio del periódico e incluso por su propio bien...

—¿Debo interpretarlo como una orden de cese? —inquirí, arrugando el ceño.

Reuben Croise negó con grandes aspavientos. Seguiría en el «Dispatch», y todos se sentirían honrados con mi presencia.

—Al relevarle de esa dura y penosa tarea estará usted en mejores condiciones para defenderse. Y nosotros para prestarle toda la ayuda que necesite.

Jamás me dejé engañar por frases amables, que casi siempre salen de los labios sin brotar del corazón.

—¡«O.K.», Croise! Eso quiere decir que me tiran a la calle, poniéndome a los pies de los caballos. ¡Perfectamente! Ahora dígame una cosa: ¿quién le paga en esta ocasión?

—¿Qué pretende insinuar? —preguntó, palideciendo y poniéndose en pie.

—Que usted suele cobrar bien los favores que hace. Mandarme a Panmunjón, para que abandonase el asunto Cripps, le valió un magnífico «Lincoln» y, tal vez, algún cheque respetable...

—¡Esa canallada...! —chilló, irritado, crispando los puños y lanzándose sobre mí.

No le dejé pegarme, naturalmente. Medía seis pies de estatura y pesaría doscientas libras. Pero no tenía más que grasa en el cuerpo. No me costó gran trabajo esquivar su puñetazo, y contestarle con otro, que le hizo ver las estrellas y derrumbarse, dolorido, sobre su propio sillón. Para completar el efecto, le cogí el brazo derecho y se lo retorcí sin demasiada dulzura. Con lo que volvió a chillar como una rata.

—Y ahora, a menos que le agrade que siga retorciendo, va a decirme quién le paga por esto.

Al principio se obstinó en negarlo todo. Pretendía incluso convencerme de que me hacía un favor poniéndome de patitas en la calle. Pero seguí retorciéndole el brazo, y a los dos minutos anunciaba, con lágrimas en los ojos, que estaba dispuesto a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Empezando —exigí, ceñudo— por el nombre de quien le mandó despedirme, ¿eh?

Dio el nombre que le pedía con tal acento de sinceridad, que tuve la impresión de que ahora no me engañaba. Quedé estupefacto.

—¿Roger P. Shaw, dueño del sanatorio de Palo Alto? —inquirí, asombrado.

—El mismo. Estuvo aquí a mediodía exigiendo que le tirásemos por la borda. ¿Qué cómo no le tiramos a él? Por la sencilla razón de que tiene

mayoría de acciones en el «Dispatch», y Chandle tiene que obedecer sus indicaciones, o marcharse.

—Debió ser él quién se lo dijese —murmuró, contrariado, Croise—; pero, como de costumbre, se ha quitado de en medio, largándome a mí la «papeleta»...

Era verdad, y por primera en la vida sentí un poco de compasión —que no en balde ha sido calificada por algún filósofo como «la forma infinita del desprecio»— por aquel pobre diablo de Reuben Croise.

—¿Cómo justificó Shaw su exigencia? ¿Qué explicación dio?

Croise me dijo lo que sabía; todo lo que sabía. En su entrevista con Chandle, el doctor justificó su petición en una pretendida defensa de los intereses del «Dispatch». Afirmaba que yo estaba complicado en el asesinato de Mildred Leland, y temía que si continuaba en el periódico perjudicase su buen nombre.

—¿Quién le dijo al «doc» que yo podía estar complicado en el crimen, y que acaso no tardasen en detenerme?

Reuben no lo sabía. Aunque Shaw demostró estar perfectamente enterado del asunto, no mencionó su fuente de información. Sin embargo...

—Quizá se lo haya dicho el teniente de detectives Pocket. Me pareció entender que le había visto esta mañana, y si hablaron del caso...

¿Habría sido un encuentro casual? ¿Sabría Pocket que el doctor era dueño de una mayoría de acciones en el «Dispatch», y le buscaría para influir en su ánimo a fin de conseguir mi despido, cobrándose así del fracaso de sus pretendidas pruebas de culpabilidad? Croise lo ignoraba.

—Perfectamente, Croise. Ya procuraré yo devolver el favor a míster Shaw. Y en cuanto a Chandle, dígame sencillamente que mañana estaré en el «Press».

Sabía que para el director sería la peor noticia. Hacía tiempo que el «Press» deseaba incorporarme a su Redacción, y que Chandle temía que aceptase sus ofrecimientos.

Me equivoqué si creí que el anuncio disgustaría a Croise aunque acaso ningún disgusto bastase a disminuir la satisfacción que sentía al verme abandonar su despacho sin haberle roto la cabeza o un brazo.

—No se haga ilusiones, Walsh —replicó—. Lo más probable es que no pueda trabajar en ningún otro periódico.

—¿Por qué?

—Porque si es cierto la mitad de lo que dijo el doctor, le tocará pasar el resto de sus días en Alcatraz o en San Quintín.

—Más probable es que sea su amigo Shaw —repuse, antes de dar el portazo definitivo— quien vaya a la cámara de gas por el asesinato de Grace Desmond y Mildred Leland.

Al abandonar el «Dispatch», creía empezar a ver con claridad lo

sucedido. La gestión del doctor, para que me despidieran del periódico, se me antojaba sospechosa en extremo.

Parecía difícil relacionar a un hombre de sólida posición económica como Shaw con un robo de joyas. Pero nada sabía de sus antecedentes, y era posible que en un pasado más o menos remoto, su situación no hubiera sido tan boyante como ahora.

Por lo visto la vida de Grace había experimentado un cambio radical, según el teniente, a raíz de su salida del sanatorio. Thomas Dent, su novio, de acuerdo con las manifestaciones del mismo teniente, fue uno de los asaltantes de la joyería Gould, y se marchó a Corea, dejando en poder de la mujer amada su parte del botín. ¿No sería posible establecer un lazo de unión entre ambos hechos?

Si admitía todo esto, y la hipótesis no me parecía enteramente descabellada, cabía explicar de una manera relativamente lógica los acontecimientos posteriores. Al saber que Tom vivía, al tener noticias de la proximidad de su regreso, Grace querría recuperar las joyas que entregó a Shaw, posiblemente a muy bajo precio. El «doc» se negaría, como era lógico, y la muchacha recurriría al cómodo procedimiento del chantaje: o le devolvía las alhajas o le pagaba por ellas lo que realmente valían, o denunciaba a la Policía el turbio papel que había jugado tan distinguido caballero.

«Y como tantas otras veces, al intento de chantaje, el amenazado respondió con el crimen».

Todo se me antojaba bastante lógico. Incluso que para desembarazarse de la pobre chica, Shaw hubiese recurrido a las tabletas del soporífero en lugar de manejar la pistola o el arma blanca.

Media hora después de mi salida del periódico marchaba a todo correr por la carretera de Palo Alto. Dejé el coche ante la verja del sanatorio.

Al cruzar el *hall* debió reconocerme uno de los porteros. No le pregunté nada, porque sabía cómo llegar al despacho de Shaw, y no quería perder tiempo. Subí tranquilamente y me presenté en el antedespacho.

—Lo siento, señor. El doctor ha salido y posiblemente no volverá hasta mañana.

Era indudable que la mecanógrafa rubia y bonita que me cerraba el paso —la misma que en mi visita anterior trajo la ficha médica de Grace— sabía quién era, y tenía instrucciones concretas de su jefe. Pero yo no había ido hasta allí para quedarme a la puerta.

—Yo también lo siento, dulzura —contesté, decidido—. Aunque haya salido, le veré.

La desenvoltura de mis modales y lo resuelto de mi actitud impresionaron de tal manera a la muchacha, que se quedó un minuto sin habla, mirándome con ojos en los que se reflejaba un profundo estupor. Cuando quiso reaccionar, ya me encontraba yo en el despacho de Roger

P. Shaw.

El doctor se incorporó al reconocerme, y su rostro reflejó el más profundo estupor. Un instante me contempló, como si no diera crédito a sus sentidos. Superaba la sorpresa, gruñó, avieso.

—¡No quiero que nadie me moleste, porque estoy muy atareado! Si desea hablar conmigo, debe volver en otro momento.

—Lo que tengo que decirle no admite espera —repliqué—. Además —añadí, sonriente—, no creo que le cause la menor molestia, sino todo lo contrario.

—¿Cómo ha entrado en mi despacho, cuando había dado orden de que no me interrumpieran? —preguntó, nada convencido, al parecer, de lo amistoso de mis intenciones.

—El cómo importa poco; lo interesante es que estoy aquí. Usted fue al «Dispatch» a interesarse por mí, y lo menos que podía hacer era pagarle el favor en la misma moneda.

—¡Yo no le he hecho el menor favor! —chilló, desabrido, diciendo la verdad pura y simple.

—Quizá no fuera su intención hacérmelo, al imponer a Chandle mi cese en el periódico. ¡Pero me lo hizo, y mucho mayor del que se figuró!

—¿Qué favor? —inquirió, intrigado y un poco sorprendido por mis palabras y lo sonriente y amistoso en apariencia de mi actitud.

—Decirme, sencillamente, quién asesinó a Grace Desmond, primero, y a Mildred Leland, después. Hasta hace dos horas tenía muchas dudas. Usted ha terminado con ellas de un solo golpe. Ahora ya sé que el que las mató...

—¡Fue usted! —me interrumpió, acusatorio.

—No; usted. Y será inútil que se empeñe en negar. Basta pensar con un poco de lógica para comprender...

—¿Qué merece una camisa de fuerza? —preguntó, irónico.

—... cómo y por qué las mató —continué, sin hacer el menor caso de su interrupción—. Será suficiente que diga lo que sé al teniente Pocket para que su doble vida quede al descubierto, y llegue a un final, tan doloroso como justiciero.

Se encogió de hombros como si no tomase en serio mis palabras; pretendió sonreír, despectivo, pero la sonrisa se quedó en una mueca ridícula.

—¡Está usted loco! —vociferó, al cabo de medio minuto—. ¿De dónde ha podido sacar esa fantasía? ¿Cree que la Policía le hará el menor caso?

—Quizá me lo haga cuando hable de sus relaciones con Grace Desmond y Mildred Leland.

—¿Qué relaciones he tenido con ellas? —me desafió, irritado—. ¡Dígalos!

—Las que usted conoce, y yo no ignoro. En primer lugar, ¿podría explicar por qué me dijo a mí, y dijo al teniente Pocket, que *miss* Desmond

había sido operada de apendicitis, cuando era mentira?

—¡Claro! Un médico es como un confesor, y hay ciertas cosas respecto a sus pacientes que debe mantener secretas.

—¿Incluso a la Justicia? Permítame que no le crea. Y dígame: ¿operó también de apendicitis a *miss* Leland?

Pareció que iba a contestarme, pero lo pensó mejor, y cambió. En tono colérico, levantando mucho la voz, sin duda para que le oyera su secretaria, vociferó:

—Ni es usted quién para interrogarme ni estoy dispuesto a darle explicación alguna. ¡Váyase! Salga de aquí antes...

—Antes tendrá que oírme —le interrumpí, sereno—. Por las buenas o por las malas, pero me oirá.

Lo enérgico de mi actitud y quizá el hecho de que hundiese la mano derecha en el bolsillo de la trinchera —donde llevaba la pistola—, le impusieron un saludable respeto.

Hablé con rapidez, seguro de que la charla no podría prolongarse mucho. Dije todo lo que había pensado, dándolo por cierto o indubitable. No esperaba, claro está, que Shaw respondiese aceptando de plano su culpabilidad. Quería tan sólo ver el efecto que le producían mis palabras. Quedé satisfecho. El doctor cambió de color seis o siete veces en contados minutos; se acentuó considerablemente el gesto de temor, que podía leer en sus ojos, y sus gestos eran clara muestra de la impresión sobrecogedora que le causaba la serie de acusaciones lanzadas contra él.

—¡Mentira! —murmuró, abrumado, retorciéndose las manos, con aire de nerviosismo incontenible—. Todo eso es falso.

Pero a una milla de distancia se veía que era cierto. De no haber, cuando menos, un fondo de verdad en mis frases, Shaw las hubiera acogido con risas, burlas o denuestos, pero nunca con aquella sensación de aplanamiento, con aquella expresión de terror animal que revelaban sus ojos, y que inútilmente pretendía desmentir con sus palabras, acompañadas de gritos y amenazas.

—¡Abran! ¡Abran, o tiramos la puerta!

Era indudable que la secretaria, asustada por mi irrupción, había dado aviso a varios enfermeros o médicos, y todos juntos acudían, temerosos de que pudiera intentar algo contra la vida del doctor.

—Abra —dije—. De cualquier forma, no podrá rehuir el castigo de sus culpas.

No contestó una sola palabra hasta que abrió la puerta y penetraron en el despacho seis o siete individuos corpulentos y malcarados, tras de los cuales pude vislumbrar el rostro asustado de la mecanógrafa rubia. Pero cuando se vio respaldado por sus secuaces, el doctor dijo todo lo que había callado en los minutos precedentes. Irritado y descompuesto, chilló:

—¡Échenle de aquí! ¡Échenle, y no vuelvan a dejarle pasar bajo ningún

pretexto! Es un loco y un asesino...

—¡Cuidado, Shaw! —Le advertí, sombrío—. Aquí no hay más asesino que usted.

Dos individuos forzudos, con aire de loqueros o cabos de vara, se me acercaron en actitud nada amistosa. Les corté en seco:

—¡Quietos! Me iré, pero por mi pie y a mi paso. Si llegan a tocarme a la ropa... ¡lo más probable es que alguien no pueda salir por su pie, y que ése no sea yo!

Los dos forzudos ataviados con batas blancas se detuvieron, asustados. Sus compañeros se apartaron a uno y otro lado cuando me vieron avanzar hacia la puerta. El doctor gritó, furioso:

—¡Todo esto le costará muy caro, Walsh! La próxima vez...

—La próxima vez que nos veamos —le interrumpí— será para verle morir como un perro en castigo a sus muchos crímenes.

Se quedó en la puerta del despacho, mascullando amenazas, comentando, excitado, lo que acababa de ocurrir. Yo me alejé, con paso firme, y pausado.

Una vez en el coche, de regreso hacía el centro de Frisco, fui pensando en la entrevista celebrada. Ahora más que nunca tenía la plena seguridad de que el doctor era el culpable de todo. No rechazaba, ni mucho menos, la posibilidad de que Stacy Dooling y algún otro tuviera intervención en el robo de la joyería Gould; pero estaba convencido de que los dos últimos crímenes había que cargarlos íntegramente en la cuenta de Roger P. Shaw.

Pensé que sería conveniente poner sobre aviso al teniente Pocket, y le llamé por teléfono. No estaba en su despacho. Pensé ir a buscarle a la Brigada de Homicidios, pero recordé que convenía ocuparme un poco de mis propios asuntos.

Puse manos a la obra sin más tardanza. Como suponía, en el «Press» me recibieron con los brazos abiertos. Sam Steelson, antiguo compañero mío en el «Herald», desempeñaba la Jefatura de Redacción y estaba encantado de tenerme nuevamente a su lado. Era en todo y por todo la antítesis de Croise.

Como no estaría mal debutar en el «Press» con un reportaje sensacional, tuve más interés y más prisa que nunca en aclarar todo lo relacionado con las muertes de Grace y Mildred. Apenas Sam volvió al periódico, torné a llamar por teléfono a Pocket. Di con él ahora, aunque no tuve motivos para celebrarlo.

—¿Es usted, Walsh? Me alegro que me llame, porque quiero hacerle una advertencia. Deje de hacer tonterías, o le encierro inmediatamente. Aunque quizá habría sido mejor que le hubiese encerrado esta mañana.

Cuando me dijo que Shaw le había denunciado las graves amenazas de que le hiciera objeto, protesté, indignado. Precipitadamente le conté la verdad de la entrevista y las conclusiones a que había llegado respecto a la

culpabilidad del doctor.

—¡Fantasías! —me interrumpió, en forma despectiva—. Imaginaciones tuyas o, tal vez, algo peor, así que ya está advertido, Walsh. Si continúa embrollando las cosas, no conseguirá más que tirar de la cuerda que le ahorque.

Perdí un poco la cabeza, y contesté con una serie de impropiedades, que di por terminados cuando advertí que Pocket había cortado la comunicación. Tuve intenciones de volverle a llamar. Desistí, seguro de no conseguir más que la primera vez. Entonces pensé que me convenía darme una vuelta por el «Alhambra».

Stacy Dooling era un indeseable; dueño del «Alhambra», bien vestido y con dinero en abundancia, pero un forajido en toda la amplia acepción de la palabra.

Tuve que esperar un rato antes de que apareciera por el «Alhambra». Arrugó el ceño al verme, y no pareció nada dispuesto a escucharme.

—Creo que le interesará, Stacy. Se trata de la muerte de Mildred, y puedo decirle quién es el asesino.

Accedí, al fin, a escucharme. Pasamos a uno de los reservados, y estuvimos charlando por espacio de media hora.

Dooling me escuchó con extraordinaria atención. Por desgracia, tenía cara de perfecto jugador de póker, y su rostro no traslucía la menor emoción. Resultaba imposible saber lo que pensaba. Tan sólo en una ocasión puso una breve apostilla a una de mis frases. Fue al señalar a Ruric, el empleado del doctor Walsh como el asesino de Grace.

—¿Ruric? —exclamó, con gesto desdeñoso—. No tiene valor ni para matar a una mosca. ¿Peligroso? ¡Bah! No es más que un poco de basura...

Ni siquiera demostró emoción ni interés cuando abordé el asesinato de su mujer. Indudablemente, no compartía —o fingía no compartir— mis sospechas acerca del doctor Shaw.

—¿Es que no siente en lo más mínimo la muerte de la pobre Mildred? —apostillé, irritado.

Se me quedó mirando, perplejo. Dejó transcurrir unos segundos interminables, aparentemente hundido en profundas meditaciones. Al final reaccionó, agresivo y violento:

—¿Sentirlo? Y ¿por qué voy a sentir que mataran a esa perra? Lo único que siento es no haber sido yo...

CAPITULO 6

—¿TE importaría que diésemos una vuelta juntos? Me interesa mucho hablar contigo, Norbert; pero es posible que a ti te interese cien veces más...

En un principio no le reconocí, aunque la voz me sonaba familiar. Me había abordado cuando llegaba al punto en que dejase aparcado mi automóvil, pese a que, como sabría después, me esperaba en las inmediaciones del «Alhambra», y fue hasta allí pisándome los talones. Advirtió mi desconcierto, se echó hacia atrás el sombrero, para que le viese bien la cara, y exclamó:

—¿Es posible que ya no te acuerdes de Irving Sothern?

¡Claro que me acordaba! No le había visto mucho en los últimos tiempos, pero a su lado viví horas inolvidables en diversas islas del Pacífico. Irving era entonces capitán de mí compañía, si bien tenía tres años menos que yo. No pasaba de ser un chico de diecinueve años, pero valía por cincuenta hombres de treinta. Alto, rubio, con cara de niño, figura de atleta y corazón bien templado, hacía frente al peligro con la sonrisa en los labios y desafiaba la muerte sin el más ligero pestaño.

Terminó la contienda de comandante, y siguió luchando en defensa de la patria, sólo que ahora en las filas del F.B.I.

Le había visto por última vez ocho meses atrás en Los Ángeles.

—No sabía que estuvieras en Frisco; pero me alegro de verte. Quizá este encuentro casual sea una verdadera suerte para mí.

—Espero que sea una suerte para ti —replicó, sonriente—; pero el encuentro no tiene nada de casual. Te anduve buscando por seis o siete sitios, hasta que di contigo en el «Alhambra».

Le miré, un poco desconcertado. ¿Por qué, si me había visto en el club nocturno, ni siquiera me habló allí, esperándome, en cambio, a la salida?

—Porque para ti y para mí puede ser interesante que nadie sepa que hemos hablado.

Estábamos ya sentados en el interior del coche en marcha. Corríamos a lo largo de Sacramento Street, y fuimos unos minutos sin hablar palabra,

mientras yo trataba inútilmente en adivinar los propósitos del agente federal, al buscarme por todas partes.

—Voy a sacarte de dudas —dijo, de pronto, Irving, como si leyera mis pensamientos—. Andamos detrás de un tipo que, al parecer, te interesa bastante, y quisiera que trabajásemos de acuerdo.

—¿Stacy Dooling?

—No. Roger P. Shaw. Quiero que me digas cuánto sepas del doctor. Por mi parte, podré decirte, aunque confidencialmente, algunas cosas que seguramente ignoras. Vamos a un sitio donde podamos hablar con calma.

El lugar más apropiado era un club nocturno de Van Ness Avenue, donde ambos resultábamos completamente desconocidos.

Para empezar, y a requerimiento suyo, conté la extraordinaria aventura en que me había metido el encargo de Thomas Dent de buscar a su novia, para convencerla de que le contestase.

Le referí todo lo ocurrido, desde mi marcha a Corea hasta la conversación que acababa de sostener con Stacy Dooling.

Sothorn me escuchó con un interés y una atención extraordinarios, formulando de vez en vez preguntas para precisar algún dato o conocer mi opinión sobre cualquier individuo. Cuando me hubo exprimido como un limón al que se le saca hasta la última gota de jugo, comentó:

—Muy interesante, Walsh. No me engañé al buscarte, luego de saber que habías tenido una disputa violenta con Shaw y que te echaron del «Dispatch» por culpa suya. Nos han dado hecho la mitad del trabajo, y te corresponderá buena parte del éxito que esperamos obtener sin tardanza.

Me extrañó oírle hablar en aquella forma y se lo dije sin la menor vacilación. Entendía que todo el asunto tenía importancia —que no en balde había dos o tres muertos por en medio y una verdadera fortuna en joyas— y un interés fascinante, pero no para la Policía Federal, que nada tenía que ver en el asunto.

—Que yo sepa, ninguna intervención tiene en los crímenes vulgares ni en los robos de joyas. Si estoy equivocado...

—No lo estás —me interrumpió Sothorn—, y ni yo ni la Policía Federal nos mezclaríamos en nada si sólo se tratara de eso. Pero hay algo más, que quizá explique todo lo que no aciertas a comprender en el caso, y que justifica nuestro interés en el asunto.

Hizo una pausa como si estuviera escogiendo cuidadosamente las palabras que debía emplear. Luego, y no sin mirar con atención en torno para convencerse de que nadie nos oía, y bajando instintivamente la voz, continuó:

—Pocket es un hombre inteligente por el que siento admiración y respeto. Sólo tiene un grave defecto, aparte, claro está, lo poco ortodoxo de sus procedimientos al tratar con determinadas gentes: aferrarse a una idea preconcebida, no admitir jamás que pueda errar y obstinarse porque

los hechos vengan a confirmar lo que ha supuesto, pensado o dicho.

Le di, naturalmente, la razón. Todo lo que me había sucedido en las últimas horas era prueba palmaria de que Irving, ponía el dedo en la llaga.

—Al enfrentarse con la muerte de Mildred, como antes con la de Grace, las relaciona con el robo de la joyería Gould y se niega en redondo a tomar en consideración cualquier otro factor. Fracasa, como es lógico, al tratar de dar con el culpable. Ni siquiera le pasa por la imaginación quién pueda ser, porque se empeña en creer que a las dos chicas las asesinaron por culpa de las alhajas desaparecidas, cuando las famosas alhajas seguramente no tuvieron nada que ver en su triste final.

Me llegó entonces el turno de sorprenderme y expresar claramente mi desconcierto. Si quitábamos las alhajas desaparecidas, si prescindíamos del asalto a la joyería, todo lo ocurrido carecía de sentido y de lógica.

—Olvidas una cosa fundamental —repuso Sothern, con una suave sonrisa.

—¿Cuál?

—El chico que tuvo Grace Desmond y, probablemente, el que tuvo también en la misma época, Mildred Leland.

Le miré sin acabar de comprender. Hubiera entendido sus palabras si aquellos chicos, reales o hipotéticos, hubiesen sido herederos de cuantiosas fortunas, pero en aquel caso faltaba lo fundamental: la herencia fabulosa.

—Lo comprenderás enseguida —dijo Irving, dispuesto a explicarme el fondo del asunto—. Lo comprenderás pensando en el sentimiento más alto, noble y puro que Dios puso en el alma de la mujer: el instinto maternal.

Bien. Yo admitía que el ansia maternal fuese el más digno de todos los sentimientos de la mitad más bella del género humano. Me bastaba pensar en mi madre y en la inmensa mayoría de las madres para no tener la menor duda a este respecto. Pero no veía qué relación tuviese aquello con lo que estábamos hablando.

—Hay mujeres —continuó Irving— a quienes la Naturaleza niega las satisfacciones de la maternidad. Como no por ello desaparece el instinto maternal, unas lo manifiestan convirtiéndose en madres honorarias y abnegadas de sus sobrinos o de los hijos de sus amigas; otras, adoptando niños huérfanos, a los que cuidan y educan con el mismo amor que si fueran suyos.

Ocurría, sin embargo, que había en los Estados Unidos, donde el amor, cuidado y veneración por la infancia alcanzan límites difícilmente imaginables en otros países, mayor número de madres adoptivas que de hijos a adoptar. Ocurría también que muchas mujeres, impulsadas por las circunstancias, habían de separarse de sus hijos, dejándolos en algún orfelinato o guardería infantil, se negaban a que fuesen adoptados por ninguna otra, por grandes que fuesen las ventajas materiales que para el niño pudieran derivarse.

Tomando pie de aquella situación, grupos de miserables habían montado el más inconcebible y vergonzoso de los negocios. Proporcionaban a quién estaba dispuesto a pagar cifras exorbitantes niños que no sólo podrían adoptar, sino inscribir como propios en los Registros Civiles correspondientes, librándose así del peligro que un día más o menos lejano la madre verdadera pudiera presentarse a reclamarlos.

El negocio surgió y adquirió considerable desarrollo durante la segunda guerra mundial. Eran muchas, entonces, las chicas que a punto de dar a luz se encontraban con la tragedia espantosa de que sus novios o maridos habían muerto en cualquier lejano frente.

—Eran éstas las presas predilectas de logreros sin escrúpulos. Tan pronto como sabían de una, caían sobre ella como buitres. Afirmaban que la muchacha no tendría que preocuparse de nada, porque ellos se ocuparían de todo. En parte cumplían su palabra. La mujer recibía una pensión durante los últimos meses del embarazo —aquéllos en que su estado la imposibilitaba para trabajar— o era enviada a cualquier residencia alejada. Posteriormente se la internaba en un buen sanatorio, rodeándola de toda clase de cuidados médicos. Y al salir, totalmente restablecida, se le entregaban unos cientos de dólares para que pudiese vivir una temporada. Como contrapartida dolorosa y sensible no llevaba consigo el hijo que había tenido y al que ni siquiera llegaba a ver en la mayoría de los casos.

Como los chicos nacidos en un Estado eran inscritos en otro distinto; como a veces incluso se hacía figurar como norteamericanos a niños que habían visto la luz en el Canadá; como aquel tráfico tan vergonzoso como inconcebible violaba una larga serie de leyes federales, sobre el F.B.I. recayó todo el peso de desarticular las denigrantes organizaciones, restablecer la legalidad falseada y hacer recaer sobre los culpables todo el peso de los códigos.

Pero no resultaba fácil, por desgracia, hacer triunfar la Ley. Todos los que de una manera u otra intervenían en el «negocio» callaban por razones fácilmente comprensibles. Los padres adoptivos, que habían inscrito al niño como propio, luego de pagar una cantidad crecida, no querían en modo alguno que les fuese arrebatado; los que con tan indignos procedimientos se enriquecían, tenían más empeño y cuidado en callar que nadie. Y la víctima principal, la madre a quién habían arrebatado su hijo —muchacha soltera y con el novio muerto en casi todos los casos—, tampoco estaba nada dispuesta a decir que había renunciado a su propia sangre a cambio de un puñado de billetes.

—Destruimos algunas de tales organizaciones, pero otras siguen en pie. Y aquí, en San Francisco, tenemos la casi seguridad de que existe una montada, dirigida y explotada por un caballero de aspecto honorable: Roger P. Shaw.

—Es fruto directo de las maquinaciones de ese miserable. Grace renunció a su hijo cuando creyó muerto a Thomas Dent. Hace unas semanas, al saber que vivía y que no tardaría en regresar para casarse con ella, quiso recuperar al niño. Shaw se negaría a devolvérselo; *miss* Desmond amenazaría con denunciarle y... ¡Bueno, creo que el resto te lo imaginarás sin la menor dificultad!

Me lo imaginaba perfectamente. Era algo de lo que había pensado al enterarme del supuesto suicidio de Grace; de lo que seguí pensando durante mis dos charlas con Mildred, cuya muerte habría confirmado mis sospechas, de no haberme sugerido una explicación distinta y en apariencia más plausible el teniente de detectives Geofrey Pocket. Ahora creía verlo todo con meridiana claridad. E incluso me explicaba que el teniente, obsesionado por las alhajas robadas, no acertase a descubrir al verdadero culpable.

—Deja el asunto en mis manos, Walsh, y no vuelvas a preocuparte de él. A cambio de lo que has hecho serás el primero en conocer la solución del enigma. Podrás adelantarte a todos tus colegas y empezarás en el «Press» con un éxito que duplicará la tirada del periódico, y supongo que en justa correspondencia duplicará automáticamente tu sueldo.

—Pero Pocket parece empeñado en darme un disgusto —protesté.

—No te lo dará. Sin embargo, no le digas una sola palabra de esto. Perderías el tiempo, porque no te creería y acaso no sirviera para otra cosa que poner sobre aviso al doctor.

Discutimos un rato y acabé accediendo. Me hubiese gustado corresponder a las «atenciones» de Shaw dándole un buen disgusto, pero sería mejor que se lo diese el F.B.I. Al fin y al cabo, en aquel turbio asunto sólo me interesaban dos cosas: que triunfase la Justicia, castigando a los asesinos de Grace y Mildred, y que yo, aparte de ver mi nombre limpio de toda sospecha, pudiese conseguir un triunfo sensacional como repórter de sucesos. Y estaba seguro de que Irving me serviría ambas cosas en bandeja de plata.

—¿Qué tal si nos fuéramos a dormir? La charla es interesante, pero son ya las cuatro y tengo que levantarme a las ocho para interrogar al doctor.

Le dejé en su casa y marché a la mía. Apenas caí en la cama me dormí profundamente. Tuve unos sueños tranquilos y apacibles. La entrevista con Sothorn había despejado todas las nubes. Creía estar a salvo de todo peligro, concluidos definitivamente los sobresaltos y disgustos de aquel complicado asunto a punto de ser resuelto de una manera satisfactoria.

Pero si los sueños fueron placenteros, el despertar no pudo resultar más desagradable. Serían las diez de la mañana cuando el repiqueteo insistente del timbre de la puerta me obligó a abrir los ojos. No tenía ningún deseo de levantarme; no me quedó otro remedio, porque quienes llamaban parecían dispuestos a tirar la puerta.

Salí a abrir con gesto malhumorado. Apenas descorrí el cerrojo, dos tipos fornidos, con el sombrero metido hasta las narices y rostros que nada tenían de tranquilizadores o amistosos, empujaron la puerta hasta casi proyectarme contra la pared del pasillo.

—¡Oiga! —protesté, airado—. Ésta es mi casa, y si se han creído que voy a dejarme...

—¡Policía! —masculló el más alto de los intrusos, mostrándome con movimiento rápido algo que llevaba en la parte interna de la solapa de su americana—. Vístase sin armar escándalo.

—Policías o no —chillé, indignado—, no tienen derecho a atropellar a una persona decente ni allanar su domicilio. Hablaré a quién tenga que hablar y ya veremos sí...

—¡Cállese! —ordenó el mismo que hablase antes—. Le conviene. Traemos orden de detención contra usted, y nos lo llevaremos por las buenas o por las malas.

Su acompañante exhibió ante mis ojos un papel que lo mismo podía ser una orden de detención que una felicitación navideña. Me hubiese gustado leerla, aunque sólo fuera para ver de qué me acusaban, pero no me lo consintieron.

—Necesito saber por qué me detienen.

—En la Brigada le dirán lo que deba saber —afirmó, hosco y desabrido, mi interlocutor—. Ahora, vístase o nos lo llevamos desnudo.

Tuve que obedecer, y de prisa. Quise telefonar a Irving para contarle lo que ocurría, pero no me permitieron tocar siquiera el aparato. Mientras me vestía hacía cábalas acerca de la causa de todo aquello. Fue inútil que se le preguntase a los policías, porque parecían juramentados para no darme la menor explicación.

—¿Tiene algo que ver en esto el teniente Pocket?

—Ya lo verá después.

Su compañero andaba husmeando en armarios, cajones y bolsillos. Cuando encontró mi pistola, sonrió, complacido. Con todo cuidado la envolvió en un pañuelo de seda antes de guardársela. Dirigiéndose al otro agente, comentó:

—Apostaría a que fue con esto...

Pero no logré sacarles lo que suponían que había hecho con la pistola. Sin responder a mis preguntas me bajaron a la calle, donde esperaba un coche policíaco, y a los diez minutos hacía mi entrada en la Brigada de Homicidios.

Había ido allí muchas veces, pero nunca en la forma que aquella mañana. Conocía a varios agentes con los que hube de cruzarme en las dependencias por las que pasamos, pero no conseguí que ninguno me explicara de qué me acusaban.

—¡Estás metido en un buen lío, Norbert! —me dijo uno, que siempre

había sido amigo mío.

—Debieras ir rezando lo que supieras —gruñó, agorero, otro que no me podía tragar.

Me encerraron en un calabozo luego de tomarme la filiación, y en el calabozo permanecí a solas con mis nada gratos pensamientos durante una hora larga. Poco a poco llegué a una conclusión. De una manera u otra, Pocket debía haber comprobado que estaba con Mildred en el momento en que fue asesinada, y esto, que confirmaba sus peores sospechas, bastaba para que me tratase como al más despreciable de los facinerosos.

Cuando cerca ya del mediodía me sacaron del calabozo para conducirme a su presencia creí haber acertado en mis suposiciones. Geoffrey Pocket apareció ante mis ojos alegre y satisfecho, respirando suficiencia por todos los poros de la piel, y sus primeras palabras no pudieron ser más significativas:

—¡Al fin le tengo cogido, Walsh! Ahora no le valdrán negativas y habilidades, porque estoy seguro de que fue usted.

—Se equivoca, teniente —repuse—. Se equivoca lo mismo que ayer cuando creía tener todas las pruebas en su poder, porque yo no maté a la pobre Mildred.

—¿Y quién le acusa ahora de haber matado a esa chica?

—preguntó Pocket, mirándome de hito en hito.

—¡Usted! —repliqué, desconcertado—. ¿De qué otra cosa podría acusarme?

Pocket se echó a reír. Sin dejar de reírse ni de observarme con sus ojillos escrutadores, afirmó:

—Es usted listo y escurridizo, Walsh. Pero conmigo no le vale. Deje ya de fingir una ignorancia estúpida. De sobra sabe de qué se trata.

—Le juro que no lo sé —exclamé, más desconcertado a cada segundo.

—¡Imbécil! —Me insultó, irritado—. ¿Todavía cree que voy a tragarme que no fue quien asesinó al doctor Shaw?

Le contemplé estupefacto, negándome en un primer instante a dar crédito a mis oídos. En tono destemplado, Pocket repitió dos o tres veces la noticia. Y no sólo la repitió, sino que añadió su plena seguridad de que era yo quien le había metido tres balazos en mitad del pecho.

—Quiso asesinarle por la tarde y la llegada de varios empleados del sanatorio frustró sus criminales designios. Pero por la noche fue a su casa y...

Le habían matado en su lujoso apartamento de Álamo Square. Quien disparó debió poner un silenciador a su pistola, porque los vecinos no oyeron los tiros. El cadáver del doctor fue encontrado por la mañana, pero llevaba varias horas muerto.

—Y fue usted quien lo hizo. A las doce, un poco bebido ya, salió del «Alhambra». Después me consta que no marchó a su casa ni a ninguno de

los sitios que suele frecuentar. He procurado reconstruir minuciosamente sus pasos, y no hay duda posible: le asesinó usted.

Me disgustó profundamente oírle. Estaba seguro de no haber matado al doctor, pero la firmeza con que se expresaba Pocket parecía indicar que tenía algún grave indicio acusatorio contra mí, aparte de la violenta escena del sanatorio la tarde anterior. Confiaba en aclarar mi situación; corría, no obstante, el peligro de pasarme una temporada en la cárcel y de que mi nombre apareciera en todos los periódicos como presunto asesino.

—¿A qué hora fue el crimen? —pregunté.

—Lo sabe mejor que yo —contestó el teniente—. De cualquier forma le refrescaré la memoria: entre las dos y las tres de la madrugada. Encontraron su cadáver a las ocho; pero, según los forenses, llevaba muerto entre cinco y seis horas.

Sentí que me quitaban un peso terrible de encima y lancé un suspiro de alivio.

—Entonces, teniente, tendrá que buscar por otro lado. Si le mataron entre dos y tres de la madrugada, no pude ser yo quien lo hiciera.

Le dije lo que había hecho desde que salí del «Alhambra» hasta que pasadas las cuatro de la madrugada entré en mi domicilio. Me callé lo que habíamos estado hablando Irving Sothern y yo, porque hubiera sido proporcionar una pista a quién tan empeñado estaba en darme disgustos. Me limité a señalar que el agente del F.B.I. y yo habíamos luchado juntos en el Pacífico, que estuvimos rememorando viejas hazañas guerreras y que bastaría que le preguntase a él o a los camareros del club nocturno de Van Ness Avenue para que resplandeciera mi inocencia.

—Lo haré —repuso Pocket, de cuyo rostro había desaparecido la alegre seguridad que traslucía minutos antes—. Quedará en libertad si es cierto. Pero si no lo es...

Lo era, naturalmente, y a las dos de la tarde, Geoffrey Pocket en persona abría la puerta de mi calabozo y me acompañaba hasta la calle, dándome toda clase de explicaciones. Parecía confundido, pesaroso, un poco avergonzado incluso, y me creí en el caso de animarle.

—Espero que no le cueste mucho atrapar al culpable. ¿Ha pensado en Stacy?

Nada que hacer por aquel lado. Dooling había salido del «Alhambra» poco después de medianoche con rumbo a Reno, donde pensaba pasar una temporada para olvidarse de todo.

—Tuvo una avería en el coche y se quedó en Sacramento. He podido comprobar que a las tres de la madrugada estaba allí.

—¿Y Ruric? ¿No recuerda lo que le dije por teléfono anoche? Cuando fui al sanatorio le vi salir, y creo que había estado hablando con Shaw. Acaso...

Pocket tenía de Dashiell Ruric el mismo deplorable concepto que Stacy

Dooling. Le consideraba un indeseable, pero tan apocado y cobarde que no se atrevería a matar a un mosquito, y menos aún a empuñar un arma de fuego. De cualquier forma...

—Voy a interrogarle esta misma tarde. Aunque no creo que haya nada, a lo mejor...

Como ligera compensación a las molestias que me había ocasionado, me prometió tenerme al corriente de sus trabajos, a fin de que pudiera ser el primero en publicar todo lo referente a la detención del autor de los crímenes.

—Le espero a las ocho en el «Crystal» de Market Street. Acaso pueda darle ya alguna noticia concreta y sensacional.

Me di una vuelta por el «Press», ilustrando la noticia del asesinato del doctor Shaw con una biografía que probablemente ofrecería el más violento contraste con la que publicarían los periódicos de aquella noche y de la mañana siguiente. De cualquier forma, advertí a Steelson:

—Tenía compuesta, pero no la publiques sin hablar antes conmigo. De aquí a la hora del cierre tengo tiempo sobrado para comprobar ciertas cosas del mayor interés.

Traté luego de hablar con Shotern —cuyas declaraciones habían alejado de mí todas las sospechas, logrando mi inmediata liberación—, pero no pude dar con él. No estaba en la División del F.B.I. y no supieron decirme dónde se encontraba. Si quería algún recado...

—Díganle que le ha llamado Walsh. Si quiere verme, a las ocho estaré en el «Crystal» de Market Street.

A las ocho en punto hacía mi entrada en el café donde dos noches antes esperase a Mildred Leland para acompañarla a su casa y presenciar el poco agradable espectáculo de su asesinato. También ahora me tocó esperar, porque Pocket no había llegado. Aproveché la espera para telefonar de nuevo a Sothern.

Tampoco pude dar con él. En la División me dijeron que le habían transmitido mi recado, y confié en que no tardaría en aparecer por el «Crystal». Pero quien de veras llegó apenas hube colgado el teléfono fue Geoffrey Pocket.

—Me parece que tenía razón, Walsh —me dijo a modo de saludo—. O mucho me equivoco o ese zorro de Ruric sabe más que nadie de las alhajas y de los crímenes.

No consiguió hacerle cantar de plano, pero sí incurrir en suficiente número de contradicciones para pensar seriamente que no sólo había jugado un papel decisivo en la muerte del doctor y, sobre todo, en la de su vecina Grace Desmond, sino que, además, se había quedado con las joyas que en el reparto del botín correspondieron a la chica y que acaso guardaba en algún escondrijo de su propio apartamento.

—¿Y con esa seguridad y esas contradicciones —pregunté, asombrado

—no consiguió que un tipo cobardón y asustadizo confesase su culpabilidad?

Violentándose un poco, el teniente me dio la explicación. Después de sus repetidos fracasos conmigo, había perdido la confianza del capitán-jefe de la Brigada de Homicidios. Para colmo de males, un enredapleitos había presentado aquella misma mañana una grave denuncia contra él por malos tratos a los detenidos.

—Serían capaces de echarme a la calle si diese una sola bofetada al peor de los criminales. Ruric se beneficiaba de aquellas circunstancias. Pocket no pudo tratarle con la violencia necesaria para forzarle a reconocer sus culpas. Hubo de interrogarle en presencia de algunos altos jefes, que no le consintieron emplear procedimientos de intimidación de ninguna clase. Para colmo de males, el indeseable —recomendado y protegido por un muñidor electoral de su distrito— fue advertido para que si el teniente pretendía violentarle se negase a declarar y presentase una denuncia que sería tomada en consideración.

—No hay nada que hacer entonces, ¿eh? —pregunté.

—Por mi parte no, y lo siento, porque estoy seguro de su culpabilidad y de que bastaría apretarle un poco las clavijas para que dijera cuanto sabe. Yo no puedo hacerlo, desde luego, pero...

—¿Qué?

—Puede hacerlo usted.

Me sorprendió oírle exponer su idea. En el primer instante se me antojó descabellada; incluso era sospechoso que Geoffrey Pocket, que tantas pruebas de animadversión me había dado, hablase en forma parecida. Pero a medida que el teniente de detectives desarrolló su pensamiento fui encontrándolo más lógico, hacedero e incluso atrayente.

En resumidas cuentas se trataba de hacer lo que Pocket habría hecho de muy buena gana, de no mediar las denuncias y las advertencias contra sus procedimientos expeditivos. Debía visitar a Ruric en su casa, amenazar con pegarle un tiro, asestarle tres o cuatro puñetazos en caso preciso para demostrarle que no hablaba por hablar y forzarle a confesar su participación en los crímenes.

—Yo iré tras de usted para guardarle las espaldas, sin que Ruric me vea ni sospeche siquiera mi presencia; me quedaré en el pasillo oyendo lo que dice. Apareceré una vez que haya confesado y ya podré tratarle como se merece, porque entonces no tendrá posibilidad de desdecirse.

Era una experiencia nueva para mí; una labor que se salía por entero de mi trabajo como repórter de sucesos. Pero ¿acaso no me había salido de mi papel y de mis atribuciones una y otra vez desde que comenzó aquel endiablado asunto? ¿Por qué iba a dudar y negarme cuando estaba quizá en mis manos aclararlo todo y conseguir el castigo de los culpables? Tras pensarlo un rato y discutir durante media hora todos los detalles con el

teniente, accedí.

—Así verá —le dije— que, contra lo que suponía, los periodistas no somos siempre un estorbo.

Cuando iba a salir del «Crystal» con rumbo a la cercana Merchants Street me acordé de Irving Sothern. Miré por todas partes y no pude verle. Sonreí pensando en la cara que pondría cuando supiera que Pocket y yo, enemigos furibundos a mediodía, habíamos cooperado a solucionar el enigma.

—Sí —comentó el teniente, que marchaba a mi lado—. Creo que será una gran sorpresa para todos. ¡Incluso para usted...!

CAPITULO 7

NI Stacy ni Pocket se habían engañado respecto a la contextura moral de Dash Ruric. Era un montón de basura, tanto física como moralmente. Si no siempre la cara es el espejo del alma, en aquel caso la una era un claro reflejo de la otra, y sería difícil decir cuál de las dos resultaba más repelente y desagradable.

Cuando abrió la puerta y me vio quiso volver a cerrar sin permitirme cruzar el umbral. Me bastó un pequeño empujón para lanzarle rodando a lo largo del pasillo. Un hombre habría reaccionado atacándome a puñetazos y patadas; Dash empezó a chillar como una rata a la que pisan el rabo, y sentí vehementes deseos de pisarle el cuello, aunque sólo fuera pensando en la pobre Grace Desmond. Pero como de aplastarle la cabeza habría siempre tiempo, opté por seguir las instrucciones de Pocket, haciéndole hablar primero.

Me limité, pues, a propinarle unos cuantos puntapiés para obligarle a cerrar la boca y a incorporarse. A puntapiés le llevé hasta lo que debía servirle de comedor, separado del pasillo por el que avanzábamos por unas cortinas. Una vez allí, Ruric pareció recuperar algunas de sus energías y amenazó con denunciar a la Policía lo que estaba haciendo con él.

—Serías el primer muerto que hablase a la Policía —dije, con bien fingida ferocidad—. Porque si no llegamos a un acuerdo satisfactorio, cuando te encuentren estarás más muerto que el doctor Shaw o tu vecina Grace.

Para subrayar mis palabras con un gesto elocuente, saqué la pistola y le apunté al vientre. Ruric empezó a temblar de pies a cabeza, y de pálido que estaba se tornó lívido.

—¿Qué, Dash? ¿Cantas ya o necesitas música de balazos como acompañamiento?

—¿Qué quiere... saber? —preguntó, con voz tan temblorosa como sus piernas.

Se lo dije. Estaba convencido de que sabía más que nadie respecto a los crímenes recientes, y llegaba dispuesto a que me lo contase todo.

Especialmente lo referente a las muertes de *miss* Desmond y del doctor.

—No sé nada —trató de negar—. El teniente Pocket me estuvo interrogando hoy, le presenté mi coartada y quedó convencido de mi inocencia.

—Yo soy un poco más difícil de convencer —repuse—. A mí no me engañarás con una coartada por bien que la hayas urdido. Si te empeñas en callar...

—¿Qué? —inquirió, con un agudo terror reflejado en las pupilas.

—Te haré unos agujeritos en la cabeza; pero antes te arrancaré la piel a tiras para que aprendas.

A guisa de anticipo, y aunque me repugna pegar a un cobarde que ni energías tenía para defenderse, le asesté algunos golpes contundentes que le tiraron dos veces por la alfombra, le cerraron un ojo e hicieron asomar un hilillo de sangre entre sus labios amoratados.

—¿Tienes suficiente, o continúo?

Tenía de sobra. Si callaba era únicamente porque la verdad podía conducirlo a la cámara de gas. Al cabo formuló una pregunta que esperaba desde el comienzo. ¿Trabajaba yo de acuerdo con la Policía? Si decía la verdad, ¿le entregaría inmediatamente a la Justicia?

—¡Ni pensarlo, amigo! Yo, como tú, actúo por cuenta propia. Ni pertenezco a la «bofia» ni le tengo la menor simpatía. ¿Pocket? Me tiene tantas ganas como a ti. Por su gusto estaría a la sombra o muerto. ¿Por qué le iba a echar una mano ahora que está fracasando en toda la línea?

—¿Qué persigue entonces?

—Dinero o cosa que lo valga —respondí con aire de impresionante cinismo—. En este asunto hay doscientos billetes de los grandes en joyas; yo quiero una parte, y tú me la vas a dar.

Creerme a su misma altura moral alivió un tanto sus temores. De llegar al acuerdo que le proponía perdería un cincuenta por ciento del botín, pero se quedaría con el resto. Sería doloroso, pero mucho más lo habría sido que la Policía, utilizando los mismos procedimientos expeditivos que yo, le obligase a confesar de plano, porque entonces no sólo perdería la totalidad de las joyas, sino también la libertad y acaso la vida.

—Convéncete, Dash. Conmigo harás negocio...

Aun así, tardé quince minutos más en convencerle; quince minutos en los que hablé muy poco más, pero pegué bastante. Al final, no le quedó más remedio que hablar, temeroso de que acabase matándole a palos. Como era de esperar en un tipo de su ralea, incluso después de mostrarse dispuesto a confesar, empezó negando y exculpándose:

—No maté al doctor ni sé quien lo hizo. El que le liquidó me estropeó un negocio de cincuenta mil por lo menos.

El «negocio» estaba relacionado con la muerte de Grace Desmond. Ruric aseguraba que la había matado Shaw, al que amenazaba con

denunciar a la Policía sus turbias actividades. Ruric lo sabía y estaba haciendo víctima de un chantaje al doctor.

—Ayer tarde le saqué quinientos; pero hoy me hubiese dado cincuenta billetes grandes, que son los que necesito para largarme de California —afirmó.

—¿No te basta con las alhajas? —pregunté.

—¿Qué alhajas? —inquirió a su vez, tratando de simular una completa ignorancia.

—Las que encontraste en el piso de Grace después de asesinarla —repuse, y me bastó ver su gesto para comprender que había dado en el blanco.

—En el apartamento sólo había un centenar de dólares que encontré y recogí la Policía —afirmó.

—Pero Grace tenía una caja fuerte alquilada en algún Banco y tú encontraste la llave, ¿no?

Repetía algo que me había dicho Pocket como simple hipótesis, y la cara de Dash me demostró que era una realidad. «Discutimos» un cuarto de hora más. A los dieciséis minutos, molido a golpes, temeroso de que llevara a la práctica mi amenaza de apretar el gatillo, «se derrotó» por entero y dijo toda la verdad.

Había matado a Grace, en efecto. Tenía una llave del apartamento vecino al suyo y pudo esconderse en el interior del piso, aprovechando que la muchacha se hallaba en el cuarto de baño para disolver en el vaso de agua que tenía en la mesilla los soporíferos que le había entregado con tal fin el doctor Shaw.

Lo hizo por los mil dólares que le pagó el doctor —al que la muchacha reclamaba un chico que le había entregado dos años antes y con el que Shaw, como con tantos otros, realizó el más indigno de los tráficos—, ansioso por verse libre de quien amenazaba denunciarle a la Policía.

—Pero lo hice con el propósito de apoderarme de las joyas que sabía guardaba en una caja de alquiler del Saving Bank.

El miserable de Ruric había sabido captarse la confianza de la chica, haciéndole pequeños favores y sirviéndola como una especie de criado honorario. El despojo de la caja fuerte lo preparó durante meses enteros, llegando a alquilar una caja inmediata a la de *miss* Desmond, a fin de no llamar la atención de nadie cuando abriese la de ésta fingiendo hacerlo con la suya. Una vez muerta Grace, y horas antes de que la portera y Mildred descubriesen su cadáver, se apoderó de la llave de la caja fuerte y borró todas sus huellas. La víspera del día en que me hablaba, preparándolo todo para escapar, se había traído a su casa las alhajas.

—¡Enséñamelas! —exigí.

Las tenía perfectamente escondidas en la pata hueca de una de las sillas. Quedé un instante deslumbrado cuando me las mostró. Valían una

gran fortuna; aunque no soy un perito en joyas, supongo que haría buen negocio quien comprase aquéllas en cien mil dólares. Me hubiese agradado, naturalmente, que fuesen mías. Pero había ido allí a servir a la Justicia y a la Ley, no a convertirme en un forajido.

Las alhajas colocadas sobre la mesa constituían la prueba definitiva de la culpabilidad de Ruric. Mi trabajo había llegado, pues, a su final. Levantando la voz y mirando hacia el pasillo, tapado por las cortinas, pregunté:

—¿Tiene ya bastante, Pocket o necesita que hable todavía más?

Tuve que coger del brazo a Ruric para evitar que se tirase por la ventana cuando vio aparecer al teniente de detectives. No me atreví a soltarle por temor a que lo hiciera impulsado por el pánico que le dominaba, y le obligué a sentarse. Para sujetarle mejor me guardé la pistola y quedé de pie a su espalda, con las dos manos apoyadas en sus hombros.

—Ya es suficiente, Walsh —dijo Pocket, entrando en el comedor pistola en mano—. Me ha hecho un gran favor. ¡Mucho mayor de lo que se imagina!

Me sorprendió desagradablemente el tono de su voz, y más aún advertir cómo brillaban los ojos al contemplar las alhajas extendidas sobre la mesa.

—Si —respondí—. Aunque Ruric niegue haber matado a Mildred y al doctor, debe saber quiénes lo hicieron, y no costará mucho trabajo obligarle a decirlo, una vez que le tenemos convicto y confeso de uno de los crímenes. Yo creo que...

Me interrumpí, desconcertado, viendo que sin soltar la pistola que sostenía en la mano derecha, Pocket extendía la izquierda y empezaba a recoger puñados de joyas que se guardaba en los bolsillos de la trinchera.

—¿Qué hace usted? —pregunté, sorprendido—. ¿Es que piensa guardárselas todas?

—Todas no —replicó con una sonrisa que no me agradó en lo más mínimo—. Quedarán unas cuantas. Las suficientes para probar la complicidad de Ruric en el robo de la joyería Gould.

—¿Qué falta hace nada de eso? Dash no podrá volverse atrás en sus declaraciones, y aunque lo intentase estaría yo que le he oído y puedo repetir una por una sus palabras.

Pocket se echó a reír, terminó de meter en el bolsillo las alhajas y comentó:

—¡No le creía tan ingenuo, Walsh! Dentro de un rato ni Ruric ni usted podrán decir absolutamente nada.

—¿Por qué?

—Por la sencilla y definitiva razón de que habrán muerto.

Me estremecí de pies a cabeza; a Dash le agitaba un temblor nervioso que hacía moverse la silla. De pronto me di cuenta de que la pistola que

empuñaba Pocket iba provista de silenciador; también de que la había visto dos días antes asomando por entre unas cortinas.

—¡La misma! ¡La misma que mató a Mildred! —exclamé, en el límite del asombro.

—Si —confirmó el teniente—. Un poco tarde, pero al fin comienza a comprender lo que ocurre. Reconozco que tiene una memoria excelente para las armas. La pena es que no le sirva de nada.

—Entonces —pregunté, aunque por anticipado conocía la respuesta—, ¿fue usted quien la mató?

—¡Claro! Quien me estorbaba y estorbaba al «doc» era usted, y por eso quise liquidarle; pero se lo tuvo bien merecido por meterse en medio. Y por otra cosa...

—¿Haberse casado con Stacy?

—Haber tomado en serio su boda y ponerse al lado de Dooling, en lugar de continuar al mío. No; no sentí demasiado su muerte; como no sentí la del doctor.

—¿Le mató también?

—¡Poco te importa ya! Pero como no podrás repetírselo a nadie, te diré que sí. Creía tenerme en sus manos porque me daba algunos billetes de vez en cuando y empezó a exigir demasiado. Llegó a amenazarme. ¡Amenazarme a mí! Le ocurrió, naturalmente, lo mismo que va a sucederte a ti.

Me tuteaba, cosa que no había hecho hasta entonces. Al oírle hablar con tal cinismo tuve la sensación de que, igual que le sucedía a Shaw, el teniente tenía dos caras y dos vidas. Mientras por un lado servía a la Ley, por otro era el peor de los delincuentes. En aquel instante me pareció que estaba loco, y es muy probable que fuese un auténtico desequilibrado.

—¿Espera que si nos mata quede impune el crimen? ¿Qué podrá librarse del castigo?

Contestó entre carcajadas. Lo tenía todo perfectamente planeado, desde antes de convencerme para ir allí. A Dash y a mí nos encontrarían muertos, empuñando sendas pistolas. Una de ellas sería la utilizada para matar a Mildred; la otra, la empleada para asesinar a Shaw.

—Seréis dos bandidos muertos en la disputa del botín representado por estas alhajas —afirmó, señalando con un gesto las que había dejado sobre la mesa.

—Ningún criminal disfruta largo tiempo del producto de su delito —repose—. Por encima de todos nosotros hay un Ser justiciero que...

—¡Bobadas! —me interrumpió, ligeramente nervioso—. Todo eso son cuentos de miedo para impresionar a los pusilánimes. Voy a liquidaros con entera tranquilidad, y después...

—¡Sothern! —exclamé, con una sorpresa que agrandó considerablemente mis ojos—. ¡Irving Sothern aquí!

Pocket rió, despectivo y burlón. Sin molestarse en volver la cabeza, comentó:

—¡Demasiado gastado ese truco, Walsh! No conseguirás distraerme y dejar de apuntarte. Por lo menos hasta que...

—¡Quieto, Pocket! Si no suelta la pistola, disparo...

Era Irving Sothern, en efecto, quien había surgido de entre las cortinas que tapaban la entrada del pasillo. Aunque había gritado su nombre al verle aparecer de manera tan inesperada y providencial, temí durante un segundo que fuese una jugarreta de mi imaginación, sobreexcitada en aquel instante. Pero la palidez repentina de Pocket dijo bien a las claras que el cañón de la pistola que se apretaba contra su espalda era un objeto tan real y tangible como amenazador.

—Hace días que sospechaba de usted, Pocket, y de sus turbias actividades. Por eso le seguí con disimulo cuando salió del «Crystal» acompañando a Walsh, y esperé con calma el momento de intervenir. Creo que ahora...

—¡Todavía os mataré a todos...!

Pocket dio un salto repentino, quitándose de la trayectoria del arma que empuñaba el agente especial. Como fiera rabiosa empezó a disparar en todas las direcciones, sin molestarse siquiera en apuntar. Irving sí apuntó y dio donde se proponía. Pero, herido y todo, de rodillas en el suelo, loco de furor, con los ojos inyectados en sangre, Pocket seguía haciendo fuego.

Ruric rodó por la alfombra con un grito de dolor; yo sentí el mordisco de plomo en el hombro y el brazo derecho; el mismo Sothern oyó silbar las balas muy cerca de sus oídos. Comprendió que había que terminar de una vez si no quería que todos muriésemos allí. Tornó a disparar, y el único que murió fue Geoffrey Pocket.

Una hora después, desde una cama del Trinity Hospital dictaba a Sam Steelson el reportaje más sensacional de cuántos había publicado en mi vida. Aún había algunos puntos oscuros, y en mi relato aparecían pequeñas lagunas. De cualquier forma; bastaba para que el «Press» agotara sus ejemplares a la mañana siguiente, aunque duplicase por un día su tirada.

—¡Espléndido! —me felicitó Steelson, que nada hacía por ocultar su profunda satisfacción—. ¡Ahora sí que podremos llamarte «especialista en crímenes»!

—¡Dale un buen jabón a Sothern! —le pedí—. Sin él, sin el F.B.I. no habría ni reportaje ni repórter. A estas horas estaría muerto y Pocket habría rodeado mi nombre de una guirnalda de crímenes espantosos.

Ansiaba ver de nuevo a Sothern para agradecerle su intervención. Pero estaba demasiado atareado extirpando de raíz la siniestra organización del doctor Shaw y recuperando las joyas robadas a Gould, y le faltaba tiempo para pasarse por el hospital donde convalecía rápidamente de las heridas sufridas.

Tardé cinco días en echarle la vista encima. Cuando al final acudí a visitarme no ocultaba su alegría por haber terminado con el tráfico vergonzoso que enriqueció a Roger P. Shaw y recuperar de paso las alhajas robadas, deteniendo a los supervivientes de la banda que perpetró el robo. Me traía una noticia que me afectó profundamente:

—Hace tres días que Thomas Dent falleció en un hospital de Fusan, como consecuencia de las torturas y privaciones sufridas durante su cautiverio.

No sabía si sentirlo o alegrarme. Como Pocket me había dicho una mañana, Dent fue, en unión de Lenny, el asaltante de la joyería Gould, siguiendo el plan y las instrucciones de Stacy Dooping. Para escapar de la Policía a uno se le ocurrió hacerse detener aquella misma noche y el otro se enroló en el Ejército para ser enviado a Corea.

—Las joyas, divididas en tres botes, quedaron en poder de los tres cómplices. Dent y Lenny depositaron las suyas en una caja fuerte alquilada en un Banco a nombre de la novia del primero.

Tom hizo jurar a Grace que no abriría la caja —cuyo alquiler de dos años había pagado por anticipado— hasta que regresara del frente, y la chica hizo honor al juramento prestado. Stacy, que sospechaba dónde estaban las alhajas, buscó a la muchacha, dio con ella después de su salida del sanatorio y le ofreció trabajo en el «Alhambra». Por recomendación suya admitió también a Mildred, de la que llegó a enamorarse, y que se las arregló para sacarle a su vez todo lo referente al robo de la joyería.

—Pocket cobraba de Dooling por avisarle con tiempo siempre que la Policía se proponía dar una batida. Por otro lado, cobraba también de Shaw, cuyo siniestro tráfico conocía, haciéndose pagar caro su silencio.

Durante algunos meses todos aquellos turbios personajes siguieron su vida de habilidades, argucias y trampas, poniéndose mutuas zancadillas y haciéndose víctimas los unos a los otros de chantajes y amenazas. Mildred daba celos a Stacy con Pocket y a Pocket con Stacy; les engañaba a los dos, sin inclinarse abiertamente por ninguno. Pero cuando se casó con Dooling, aunque juró al otro que era para mejor servir sus designios, empezó a pensar que lo más provechoso sería estar en todo al lado de su marido.

—Dos hechos precipitaron los acontecimientos hacia su sangriento final. De un lado, la salida de Lenny de presidio, que no sólo informó a Grace del contenido de la caja de alquiler, sino que puso a Pocket sobre la pista de unas alhajas que valían una fortuna y de las que decidió apoderarse sin reparar en procedimientos. De otro lado, algo más importante aún.

—¿Los cablegramas de Tom?

—Sí. Casi a un mismo tiempo, Grace supo que su novio vivía, que estaba dispuesto a casarse con ella y que ambos serían ricos cuando vendiesen las alhajas que tenían ocultas.

Resucitó su instinto maternal, adormecido durante dos largos años. Pensó en recuperar el hijo que había entregado a cambio de un puñado de billetes y se lo pidió a Shaw. Como el doctor no se lo devolviese, empezó a amenazarle, y viendo que no hacían efecto sus amenazas, le denunció a Pocket, al que conocía por sus visitas al «Alhambra» y por ser amigo de su amiga Mildred.

—Pocket vio todo el partido que podía sacar y quiso realizar un doble chantaje. Al doctor, exigiendo más dinero por echar tierra al asunto; a la chica, prometiendo encontrar a su hijo a cambio de las joyas que guardaba.

—¿Cómo sabía que las guardaba? —interrumpí a Sothern.

—Porque pocos días antes —repuso—. Stacy había matado a Lenny; Pocket lo sabía y le hizo hablar bajo amenaza de mandarle a la cámara de gas. Dooling le entregó una pequeña parte de las alhajas, afirmando que el resto debía tenerlo escondido la novia de Tom.

Para librarse de peligros, Shaw hizo asesinar a Grace, sirviéndose de Ruric y en forma que hiciera pensar en un suicidio. Pocket creyó en un principio que la chica se había suicidado; luego sospechó del doctor, pero no pudo probarle nada, y concentró su interés en la búsqueda de las joyas, sin recelar que pudiera tenerlas Dash.

—Y entonces —concluyó Irving— apareciste tú. Pocket te odiaba y te temía y se ajustó al verte investigar en torno a Grace, a Mildred, al «Alhambra» y al doctor. Temió que lo descubrieras todo y sólo pensó en quitarte de en medio. Tuvo miedo, y el miedo le hizo cometer una serie de errores, el último de los cuales le costó la vida.

—Aunque estuvo muy cerca de costármela a mí —repuse, pensativo.

—Sí. Acaso debí ponerte en guardia, e impedir que subieras al apartamento de Ruric. Pero tuve que dejarte correr ese riesgo, porque sin ello no hubiese conseguido las pruebas que necesitaba.

Mentalmente le di la razón, pero no me agradó que me hubiese tomado como cebo para hacer caer a Pocket en la trampa; una trampa que me había valido dos balazos y en la que muy bien pude dejarme la vida. Sin embargo, si está bien siempre lo que bien termina, aquello había terminado perfectamente, aunque Ruric y Dooling, que aguardaban en la cárcel el castigo de sus culpas, debían pensar de muy distinta manera.

—¡Pobre Dent! —comenté—. Morir así, lejos de la patria, sin llegar a saber nada de su novia ni de su hijo...

—Ha sido mejor para él —contestó Irving—. Entre morir allí como un héroe o aquí como un forajido, la elección no era dudosa...

BIBLIOTECA RAPIDA

GRAN
COLECCION
DE TEMAS
RESERVADA
PARA
EL HOMBRE
DE HOY

DRACULA
SATANAS
SADISMO
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
LA HONORABLE TRATA
EL MERCADO DE LA MUERTE
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LOS TEMPLARIOS
LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES

TITULOS PUBLICADOS

ONIROMANCIA
LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO
LA REENCARNACION
LUTERO
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EN TRANCE
LAS HUELLAS DE LA
MALDICION
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL
VUDU, SANTERIA Y
MACUMBA
VISION MEDIUMNICA

Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. 40 PTS.